



Scrutinium

Scrutinium Castitatis

"El motivo verdadero y profundo del sagrado celibato es,
como ya hemos dicho, la elección de una relación personal
más íntima y completa con el misterio de Cristo y de la Iglesia,
a beneficio de toda la humanidad".

(Pablo VI, Sac.Cael. 54)

Don Bosco vivió la castidad
como amor ilimitado a Dios y a los jóvenes.
Quiso que fuera signo distintivo de la Sociedad Salesiana:
"Quien gasta su vida en favor de los jóvenes abandonados"
debe, sin duda, poner el máximo empeño
en enriquecerse de todas las virtudes,
pero la virtud que se debe cultivar con mayor esmero
[...] es la virtud de la castidad ..
(C. 81)

PRIMERA PARTE

NOTAS PARA LA REFLEXION

1. PALABRA DE DIOS

"Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios ". (Mto. 5, 8)

"En efecto, algunos no se casan, porque nacieron impotentes del seno de su madre; otros, porque fueron castrados por los hombres; y hay otros que decidieron no casarse a causa del Reino de los Cielos. ¡El que pueda entender, que entienda!". (Mto. 19, 12)

"Yo quiero que ustedes vivan sin inquietudes. El que no tiene mujer se preocupa de las cosas del Señor, buscando cómo agradar al Señor. En cambio, el que tiene mujer se preocupa de las cosas de este mundo, buscando cómo agradar a su mujer, y así su corazón está dividido. También la mujer soltera, lo mismo que la virgen, se preocupa de las cosas del Señor, tratando de ser santa en el cuerpo y en el espíritu. La mujer casada, en cambio, se preocupa de las cosas de este mundo, buscando cómo agradar a su marido. Les he dicho estas cosas para el bien de ustedes, no para ponerles un obstáculo, sino para que ustedes hagan lo que es más conveniente y se entreguen totalmente al Señor". (1 Cor. 7, 32-35)

"Al oírlo, Jesús le dijo: "Una cosa te falta todavía: vende todo lo que tienes y distribúyelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después ven y sígueme". (Lc. 18, 22)

"Ninguno padecía necesidad, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según sus necesidades". (Hech. 4, 34-35)

2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Perfectae Caritatis

12. "La castidad "por el Reino de los cielos", que profesan los religiosos, debe ser estimada como un singular don de la gracia. Ella libera de modo especial el corazón del hombre para que se inflame más en el amor a Dios y a todos los hombres, y es, por lo mismo, signo peculiar de los bienes celestiales y medio aptísimo para que los religiosos se dediquen con alegría al servicio divino y a las obras de apostolado. Evocan así ellos ante todos los cristianos aquel maravilloso connubio instituido por Dios y que habrá de tener en el siglo futuro su plena manifestación, por el que la Iglesia tiene a Cristo como único Esposo.

Es, pues, necesario que los religiosos, celosos por guardar fielmente su profesión, se fíen de la palabra del Señor y sin presumir de sus propias fuerzas pongan su confianza en el auxilio divino y practiquen la mortificación y la guarda de los sentidos. No omitan tampoco los medios naturales, que favorecen la salud del alma y del cuerpo. Así, los religiosos no se dejarán impresionar por las falsas doctrinas, que presentan la continencia perfecta como imposible o como algo perjudicial al perfeccionamiento del hombre, y rechazarán, como por

instinto espiritual, cuanto pone en peligro la castidad. Tengan, además, presenta todos, principalmente los Superiores, que habrá mayor seguridad en la guarda de la castidad cuando reine en la vida común un verdadero amor fraterno.

Mas porque la guarda de la continencia perfecta toca íntimamente las más profundas inclinaciones de la naturaleza humana, no se presenten los candidatos a ella sino después de haber sido suficientemente probados y de haber logrado la debida madurez psicológica y afectiva. Y no sólo han de ser advertidos de los peligros que acechan contra la castidad, sino de tal manera instruidos, que abracen el celibato consagrado a Dios incluso como un bien de toda la persona".

Sacerdotalis caelibatus (Pablo VI)

24. La respuesta a la vocación divina es una respuesta de amor al amor que Cristo nos ha demostrado de manera sublime (Jn 15, 13; 3, 16); ella se cubre de misterio en el particular amor por las almas, a las cuales él ha hecho sentir sus llamadas más comprometedoras (cf. Mc 1, 21). La gracia multiplica con fuerza divina las exigencias del amor que, cuando es auténtico, es total, exclusivo, estable y perenne, estímulo irresistible para todos los heroísmos. Por eso la elección del sagrado celibato ha sido considerada siempre en la Iglesia «como señal y estímulo de caridad»; señal de un amor sin reservas, estímulo de una caridad abierta a todos. Quién jamás puede ver en una vida entregada tan enteramente y por las razones que hemos expuesto, señales de pobreza espiritual, de egoísmo, mientras que por el contrario es, y debe ser, un raro y por demás significativo ejemplo de vida, que tiene como motor y fuerza el amor, en el que el hombre expresa su exclusiva grandeza? Quién jamás podrá dudar de la plenitud moral y espiritual de una vida de tal manera consagrada, no ya a un ideal aunque sea el más sublime, sino a Cristo y a su obra en favor de una humanidad nueva, en todos los lugares y en todos los tiempos?

26. «Apresado por Cristo Jesús» (Fil 3, 12) hasta el abandono total de sí mismo en él, el sacerdote se configura más perfectamente a Cristo también en el amor, con que el eterno sacerdote ha amado a su cuerpo, la Iglesia, ofreciéndose a sí mismo todo por ella, para hacer de ella una esposa gloriosa, santa e inmaculada (cf. Ef 5, 26-27). Efectivamente, la virginidad consagrada de los sagrados ministros manifiesta el amor virginal de Cristo a su Iglesia y la virginal y sobrenatural fecundidad de esta unión, por la cual los hijos de Dios no son engendrados ni por la carne, ni por la sangre (Jn 1, 13).

32. La consagración a Cristo, en virtud de un título nuevo y excelso cual es el celibato, permite además al sacerdote, como es evidente también en el campo práctico, la mayor eficiencia y la mejor actitud psicológica y afectiva para el ejercicio continuo de la caridad perfecta, que le permitirá, de manera más amplia y concreta, darse todo para utilidad de todos (2Cor 12, 15) y le garantiza claramente una mayor libertad y disponibilidad en el ministerio pastoral, en su activa y amorosa presencia en medio del mundo al que Cristo lo ha enviado (Jn 17, 18), a fin de que pague enteramente a todos los hijos de Dios la deuda que se les debe (Rom 1, 14)

Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal (SCEC. 1974)

48. Dinamismo interior en la vida de celibato

Las "motivaciones" del celibato tienen dimensiones particulares para cada persona. Por otra parte, en la vida del célibe consagrado tiene lugar una evolución, mediante un aprendizaje de relaciones con Dios y con los demás. Y aquí es donde se plantea el verdadero problema, más que en el valor de las motivaciones iniciales.

No hay que olvidar la importancia de la actitud psicológica del seminarista frente a la vida célibe. El ideal del equilibrio humano, tanto en el celibato como en el matrimonio, no se realiza completamente de una vez para siempre.

No hay tampoco que considerar como contradictoria la inclinación del joven al matrimonio o a la familia, incluso el que le resulte dolorosa la renuncia. El sacrificio puede hacerse sentir por toda la vida y, sin embargo, no constituye prejuicio para el estado virginal, si la exclusividad de la dedicación a Dios se vive con pleno consentimiento. El celibato es una invitación de Dios, que puede costar incluso el sacrificio de una fuerte propensión al matrimonio.

49. En un contexto de relaciones y de soledad

El celibato voluntario tiene sentido en un contexto de "relaciones"; se debe vivir en el seno de una comunidad fraterna que supone intercambio y permite llegar a los demás al margen de la necesidad que se pueda tener de ellos: aprendizaje de la "no-posesión". Señal de un celibato bien abrazado es la capacidad de crear y mantener relaciones interpersonales válidas; es la presencia de los amigos en su ausencia, el rehusar imponerse a ellos, la prueba de no tener demasiada necesidad de ellos. Por esto el celibato es también una aceptación de la "soledad". Hay una soledad constitutiva, misteriosa, que forma parte de nuestra condición humana. En una situación de soledad es donde siempre se descubre mejor la propia identidad y las propias posibilidades, y se maduran las grandes elecciones de la vida. La soledad del celibato sacerdotal está llena de estos valores.

El sacerdote está destinado a conducir a los hombres a Dios a través de Cristo y lo conseguirá cuando la bondad y el amor de Dios irradian a través de su persona. En coherencia con su estado, el sacerdote debe saber poner en un segundo plano los intereses personales y subordinar la satisfacción de sus propias tendencias al amor del prójimo, al que se ha entregado con su sacerdocio.

50. Condiciones de la educación para el celibato

Teniendo en cuenta el principio, ya enunciado, según el cual la educación sexual se integra en la educación total de la persona, y queriendo educar para el celibato, es indispensable inducir a los seminaristas a cultivar cada vez más las virtudes naturales y sobrenaturales. Se les haga ver la conexión y la unión de las virtudes con la caridad, que es la norma de toda

conducta virtuosa; se les persuade de la necesidad de dedicarse constante y enteramente a la perfección de la caridad, "vínculo de la perfección" (Col 3, 14).

A medida que los seminaristas crezcan en convicciones y en sentido de responsabilidad para la elección vocacional debe estimulárseles a amar activamente el ideal y a querer vivir la castidad perfecta sin indulgentes concesiones o compromisos, conscientes de que, incluso desde el punto de vista humano, no son inferiores a los demás.

Cada aspirante debe conocerse a sí mismo, sus propias condiciones físicas, psíquicas, morales, religiosas y afectivas, y valorar plenamente su capacidad de responder a la llamada divina con una decisión ponderada, madura y responsable. Debe tener la plena y libre voluntad de ofrecerse totalmente y de forma continua a Cristo, sumo y eterno Sacerdote, y a su Iglesia. Debe poder y querer cumplir los mandamientos de Dios y la disciplina de la Iglesia.

51. Educación al verdadero amor del celibato

La integración de la renuncia al matrimonio no sólo excluye la ignorancia de la sexualidad, sino que exige que los jóvenes sean educados a tomar conciencia de ella y a valorarla en toda su importancia en el conjunto de los demás valores de la personalidad. Todo esto implica una educación del corazón, de los afectos, de los sentimientos, de la apertura a los demás, en una palabra, un progresivo y controlado desarrollo de la propia sexualidad y afectividad.

No basta vivir materialmente el celibato, hay que amarlo sacerdotalmente. Sería una grave contraindicación para la vocación eclesial si un joven fuese egoísta, cerrado al afecto y preocupado exclusivamente de sí mismo y de sus propias conveniencias. Pero es también verdad que un joven dotado de un temperamento excesivamente afectuoso, fácil a simpatías y aficiones morbosas, no es muy apto para la vida célibe.

El celibato es vocación a una forma de amor; hay que vivirlo en un clima de amistad, ante todo con Dios en Cristo⁶⁸. El sacerdote debe vivir de aquel amor de caridad que se remonta hasta Dios como a su más elevado manantial y que se ejercita a imitación de Cristo, extendiéndose a todos y dilatando aquel sentido de responsabilidad que es índice de la personalidad madura.

52. Relación entre religiosidad y castidad

A la hora de hacer su elección de vida y para ser fieles a la misma -ya que debe renovarse día a día- guíese a los seminaristas a fundarse en los motivos que sean más válidos, y se les persuade a querer vivir una castidad auténtica, si no quieren consumirse en la mediocridad, sin las alegrías humanas ni las divinas.

Dada la profunda relación existente entre religiosidad y castidad, y por el significado específicamente sagrado y cristiano del celibato, es indispensable que la formación religiosa de seminaristas se perfeccione más y más y alcance hasta lo más hondo del alma⁶⁹, que se les ponga en contacto con las fuentes de una auténtica vida espiritual, la única que puede dar sólido fundamento a la observancia de la sagrada virginidad.

El celibato, abrazado para toda la vida, ofrece la posibilidad de sacrificar nuevas situaciones al Señor, de enriquecerse con renovadas dimensiones eclesiales, de verificar la generosidad sincera del primer ofrecimiento, además de ir conformándose lenta y progresivamente con

Cristo Jesús en lo más hondo del propio yo, de perpetuar un constante abandono confiado en la asistencia del Espíritu del Señor y de simbolizar y testimoniar ante el Pueblo de Dios el "sacerdocio eterno" de Jesucristo.

53. Exigencia de la realización del proceso ascético

La formación al sacerdocio, y especialmente al celibato sacerdotal, requiere una ascesis; y no una ascesis genérica, sino "una ascesis singular, superior a la exigida a los demás fieles y propia de los aspirantes al sacerdocio. Una ascesis severa, pero no sofocante, que sea ejercicio meditado y asiduo de aquellas virtudes que hacen del hombre un sacerdote". Además, la vida sacerdotal exige una ascética "interior y exterior verdaderamente viril", a fin de que pueda mantenerse la plena fidelidad a los compromisos adquiridos y tener la garantía de un feliz éxito".

La conquista de la santidad cristiana exige una ascesis de abnegación que, al mismo tiempo, es ascesis de liberación. La abnegación, según la doctrina del Concilio Vaticano II, es el ejercicio de un poder real y es necesaria para ejercer el dominio de la caridad. Caridad y abnegación son complementarias entre sí; la abnegación libera al hombre, dando paso a la caridad, y la caridad promueve la abnegación.

El aspirante a la vida sacerdotal está prevenido por la gracia vocacional que le hace el don precioso de una vida casta; tomando conciencia de ella será estimulado a recibir este don o regalo con mucha gratitud y a corresponderle libre y generosamente. La ascesis es la respuesta decidida que el aspirante quiere dar con toda su vida.

54. Característica de la ascesis sacerdotal

Esta mortificación vivificante, necesaria en toda vida humana y cristiana, lo es con mayor razón en la vida sacerdotal. En efecto, la actividad sacerdotal de Cristo no se entiende en su pleno sentido bíblico sino teniendo presente, ante todo, que Cristo es "sacerdote y víctima", y que se sacrifica a sí mismo en el altar de la Cruz por el bien de la humanidad, anticipando y luego renovando de manera incruenta en los altares esta donación de sí mismo.

Siendo este el punto capital de la misión sacerdotal del Redentor, no se puede pensar diversamente respecto a la vida de los que son llamados a participar de tal misión y que, obrando en su persona, continúan su tarea. Está claro, pues, que la santidad sacerdotal, y por esto mismo la espiritualidad de los sacerdotes, debe estar enteramente centrada en el hecho de que también ellos deben ser sacerdotes y víctimas, unidos a Cristo, sumo sacerdote y víctima inmolada.

Esta verdad, mientras evidencia la necesidad de una fuerte ascesis encaminada a evitar todo lo que podría obstaculizar el ministerio sacerdotal, constituye también más positivamente una invitación a seguir el camino de la cruz, llevando siempre la mortificación de Cristo en el cuerpo para que la vida de Jesús se manifieste en nosotros (2 Cor 4, 10). Es una invitación positiva a aceptar totalmente las consecuencias de la consagración sacerdotal.

Así se explica la conexión, puesta bien de relieve por el Concilio, que existe entre la función principal de los sacerdotes y su obligación de imitar lo que tratan.

Esta acentuación de la ascesis, propia del sacerdocio célibe no ignora que también el matrimonio es un estado de sacrificio que implica mortificación de sí mismo.

Vita Consecrata (Juan Pablo II)

88. "La primera provocación proviene de una cultura edonística que deslinda la sexualidad de cualquier norma moral objetiva, reduciéndola frecuentemente a mero juego y objeto de consumo, transigiendo, con la complicidad de los medios de comunicación social, con una especie de idolatría del instinto. Sus consecuencias están a la vista de todos: prevaricaciones de todo tipo, a las que siguen innumerables daños psíquicos y morales para los individuos y las familias. La respuesta de la vida consagrada consiste ante todo en la práctica gozosa de la castidad perfecta, como testimonio de la fuerza del amor de Dios en la fragilidad de la condición humana. La persona consagrada manifiesta que lo que muchos creen imposible es posible y verdaderamente liberador con la gracia del Señor Jesús. Sí, ¡en Cristo es posible amar a Dios con todo el corazón, poniéndolo por encima de cualquier otro amor, y amar así con la libertad de Dios a todas las criaturas! Este testimonio es necesario hoy más que nunca, precisamente porque es algo casi incomprensible en nuestro mundo. Es un testimonio que se ofrece a cada persona —a los jóvenes, a los novios, a los esposos y a las familias cristianas— para manifestar que la fuerza del amor de Dios puede obrar grandes cosas precisamente en las vicisitudes del amor humano, que trata de satisfacer una creciente necesidad de transparencia interior en las relaciones humanas. Es necesario que la vida consagrada presente al mundo de hoy ejemplos de una castidad vivida por hombres y mujeres que demuestren equilibrio, dominio de sí mismos, iniciativa, madurez psicológica y afectiva. Gracias a este testimonio se ofrece al amor humano un punto de referencia seguro, que la persona consagrada encuentra en la contemplación del amor trinitario, que nos ha sido revelado en Cristo. Precisamente porque está inmersa en este misterio, la persona consagrada se siente capaz de un amor radical y universal, que le da la fuerza del autodomínio y de la disciplina necesarios para no caer en la esclavitud de los sentidos y de los instintos. La castidad consagrada aparece de este modo como una experiencia de alegría y de libertad. Iluminada por la fe en el Señor resucitado y por la esperanza en los nuevos cielos y la nueva tierra (cf. Ap 21, 1), ofrece también estímulos valiosos para la educación en la castidad propia de otros estados de vida.

Redemptionis donum (Juan Pablo II)

11. El perfil pascual de esta llamada se reconoce bajo diversos puntos de vista, en relación con cada consejo.
- Es, en efecto, según la medida de la economía de la Redención como hay que juzgar y practicar aquella castidad que cada uno de vosotros ha prometido mediante el voto, junto con la pobreza y la obediencia. En esto se contiene la respuesta a las palabras de Cristo, que son a la vez una invitación: "Y hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos. El que pueda entender, que entienda". Precedentemente Cristo había

subrayado: "No todos entienden esto, sino aquellos a quienes ha sido dado". Estas últimas palabras ponen en evidencia que esta invitación es un consejo. El Apóstol Pablo ha dedicado también a este tema una apropiada reflexión en la primera Carta a los Corintios. Este consejo está dirigido de modo especial al amor del corazón humano. Pone más de relieve el carácter esponsal de este amor. Mientras la pobreza y más aún la obediencia parecen poner de relieve ante todo el aspecto del amor redentor contenido en la consagración religiosa. Se trata aquí, como se sabe, de la castidad en el sentido de "hacerse eunucos por el reino de los cielos"; es decir, se trata de la virginidad como expresión del amor esponsal por el Redentor mismo. En este sentido el Apóstol enseña que "hace bien" quien elige el matrimonio, y "hace mejor" quien elige la virginidad. "El célibe se cuida de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor", y "la mujer no casada y la doncella sólo tienen que preocuparse de las cosas del Señor, de ser santas en cuerpo y en espíritu".

No se da —en las palabras de Cristo ni en las de Pablo— desestimación alguna del matrimonio. El consejo evangélico de la castidad es sólo una indicación de aquella particular posibilidad que para el corazón humano, tanto del hombre como de la mujer, constituye el amor esponsal del mismo Cristo, de Jesús "Señor". El "hacerse eunucos por el reino de los cielos", en efecto, no es sólo una libre renuncia al matrimonio y a la vida de familia, sino que es una elección carismática de Cristo como Esposo exclusivo. Esta elección no sólo permite "preocuparse" específicamente de las cosas del Señor, sino que —hecha "por el reino de los cielos"— acerca de este reino escatológico de Dios a la vida de todos los hombres en la condición de la temporalidad y lo hace, en cierto modo, presente al mundo.

Mediante ello las personas consagradas realizan la finalidad interior de toda la economía de la Redención. En efecto, esta finalidad se expresa en acercar el Reino de Dios a su definitiva dimensión escatológica. A través del voto de castidad las personas consagradas participan en la economía de la Redención mediante la libre renuncia a los gozos temporales de la vida matrimonial y familiar; por otra parte, precisamente en su "hacerse eunucos por el reino de los cielos" llevan en medio del mundo que pasa el anuncio de la futura resurrección y de la vida eterna; de la vida en unión con Dios mismo mediante la visión beatífica y el amor que contiene en sí e invade íntimamente todos los demás amores del corazón humano.

La vida fraterna en comunidad

37. "La vida fraterna en común exige, por parte de todos, un buen equilibrio psicológico sobre cuya base pueda madurar la vida afectiva de cada uno. Componente fundamental de esta madurez, como hemos recordado antes, es la libertad afectiva, gracias a la cual el consagrado ama su vocación y ama según su vocación. Sólo esta libertad y madurez consienten precisamente vivir bien la afectividad, tanto dentro como fuera de la comunidad.

Amar la propia vocación, sentir la llamada como una razón válida para vivir y acoger la consagración como una realidad verdadera, bella y buena que comunica verdad, belleza y bondad a la propia existencia: todo esto hace a la persona fuerte y autónoma, segura de la propia identidad, no necesitada de apoyaturas ni de distintas compensaciones, incluso de tipo afectivo; y refuerza el vínculo que une al consagrado con aquellos que comparten con él la

misma llamada. Con ellos, ante todo, se siente llamado a vivir relaciones de fraternidad y de amistad.

Amar la vocación es amar a la Iglesia, es amar al propio instituto y sentir la comunidad como la verdadera familia propia.

Amar según la propia vocación es amar con el estilo de quien, en toda relación humana, desea ser signo claro del amor de Dios, no avasalla a nadie ni trata de poseerle, sino que quiere bien al otro y quiere el bien del otro con la misma benevolencia de Dios.

Es necesaria, por tanto, una formación específica de la afectividad, que integre la dimensión humana con la dimensión más propiamente espiritual. A este propósito, el documento *Potissimum Institutioni* ofrece amplias y oportunas directrices acerca del discernimiento «sobre el equilibrio de la afectividad, particularmente del equilibrio sexual» y sobre la «capacidad de vivir en comunidad».

Sin embargo, las dificultades en este campo son, con frecuencia, la caja de resonancia de problemas que proceden de otra parte; por ejemplo, una afectividad-sexualidad vivida en actitud narcisístico-adolescente, o rígidamente reprimida, puede ser consecuencia de experiencias negativas anteriores al ingreso en la comunidad, o también consecuencia de malestares comunitarios o apostólicos. Por eso es tan importante que exista una rica y cálida vida fraterna, que «lleve la carga» del hermano herido y necesitado de ayuda.

Si se necesita una cierta madurez para vivir en comunidad, se necesita igualmente una cordial vida fraterna para la madurez del religioso. Cuando se advierte una falta de autonomía afectiva en el hermano o en la hermana, la respuesta debería venir de la misma comunidad en términos de un amor rico y humano como el del Señor Jesús y el de tantos santos religiosos, un amor que comparte los temores y las alegrías, las dificultades y las esperanzas con ese calor que es propio de un corazón nuevo, que sabe acoger a la persona en su totalidad. Este amor solícito y respetuoso, no posesivo sino gratuito, debería llevar a experimentar de cerca el amor del Señor, ese amor que llevó al Hijo de Dios a proclamar, a través de la cruz, que no se puede dudar de ser amados por el Amor".

44. En la dimensión comunitaria la castidad consagrada, que implica también una gran pureza de mente, de corazón y de cuerpo, expresa una gran libertad para amar a Dios y todo lo que es suyo con amor indiviso, y por lo mismo una total disponibilidad de amar y servir a todos los hombres haciendo presente el amor de Cristo. Este amor no egoísta ni exclusivo, no posesivo ni esclavo de la pasión, sino universal y desinteresado, libre y liberador, tan necesario para la misión, se cultiva y crece en la vida fraterna. Así los que viven el celibato consagrado «evocan aquel maravilloso connubio, fundado por Dios y que ha de revelarse plenamente en el siglo futuro, por el que la Iglesia tiene por esposo único a Cristo».

Caminar desde Cristo

22. Los votos con que los consagrados se comprometen a vivir los consejos evangélicos confieren toda su radicalidad a la respuesta de amor. La virginidad ensancha el corazón en la medida

del amor de Cristo y les hace capaces de amar como Él ha amado. La pobreza les hace libres de la esclavitud de las cosas y necesidades artificiales a las que empuja la sociedad de consumo, y les hace descubrir a Cristo, único tesoro por el que verdaderamente vale la pena vivir. La obediencia pone la vida enteramente en sus manos para que la realice según el diseño de Dios y haga una obra maestra. Se necesita el valor de un seguimiento generoso y alegre.

Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (Francisco)

198. Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga «su primera misericordia»[163]. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo» (Flp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una opción por los pobres entendida como una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia»[164]. Esta opción — enseñaba Benedicto XVI— «está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza»[165]. Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.
8. Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?

Encíclica *Laudato Si* (Francisco)

93. Hoy creyentes y no creyentes estamos de acuerdo en que la tierra es esencialmente una herencia común, cuyos frutos deben beneficiar a todos. Para los creyentes, esto se convierte en una cuestión de fidelidad al Creador, porque Dios creó el mundo para todos. Por consiguiente, todo planteo ecológico debe incorporar una perspectiva social que tenga en cuenta los derechos fundamentales de los más postergados. El principio de la subordinación

de la propiedad privada al destino universal de los bienes y, por tanto, el derecho universal a su uso es una «regla de oro» del comportamiento social y el «primer principio de todo el ordenamiento ético-social». La tradición cristiana nunca reconoció como absoluto o intocable el derecho a la propiedad privada y subrayó la función social de cualquier forma de propiedad privada. San Juan Pablo II recordó con mucho énfasis esta doctrina, diciendo que «Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno». Son palabras densas y fuertes. Remarcó que «no sería verdaderamente digno del hombre un tipo de desarrollo que no respetara y promoviera los derechos humanos, personales y sociales, económicos y políticos, incluidos los derechos de las naciones y de los pueblos». Con toda claridad explicó que «la Iglesia defiende, sí, el legítimo derecho a la propiedad privada, pero enseña con no menor claridad que sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social, para que los bienes sirvan a la destinación general que Dios les ha dado». Por lo tanto afirmó que «no es conforme con el designio de Dios usar este don de modo tal que sus beneficios favorezcan sólo a unos pocos». Esto cuestiona seriamente los hábitos injustos de una parte de la humanidad.

203. Dado que el mercado tiende a crear un mecanismo consumista compulsivo para colocar sus productos, las personas terminan sumergidas en la vorágine de las compras y los gastos innecesarios. El consumismo obsesivo es el reflejo subjetivo del paradigma tecnoeconómico. Ocurre lo que ya señalaba Romano Guardini: el ser humano «acepta los objetos y las formas de vida, tal como le son impuestos por la planificación y por los productos fabricados en serie y, después de todo, actúa así con el sentimiento de que eso es lo racional y lo acertado». Tal paradigma hace creer a todos que son libres mientras tengan una supuesta libertad para consumir, cuando quienes en realidad poseen la libertad son los que integran la minoría que detenta el poder económico y financiero. En esta confusión, la humanidad posmoderna no encontró una nueva comprensión de sí misma que pueda orientarla, y esta falta de identidad se vive con angustia. Tenemos demasiados medios para unos escasos y raquíticos fines.
208. Siempre es posible volver a desarrollar la capacidad de salir de sí hacia el otro. Sin ella no se reconoce a las demás criaturas en su propio valor, no interesa cuidar algo para los demás, no hay capacidad de ponerse límites para evitar el sufrimiento o el deterioro de lo que nos rodea. La actitud básica de autotrascenderse, rompiendo la conciencia aislada y la autorreferencialidad, es la raíz que hace posible todo cuidado de los demás y del medio ambiente, y que hace brotar la reacción moral de considerar el impacto que provoca cada acción y cada decisión personal fuera de uno mismo. Cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar un estilo de vida alternativo y se vuelve posible un cambio importante en la sociedad".
223. La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad sino todo lo contrario. En realidad, quienes disfrutan más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben

gozar con lo más simple. Así son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión. Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración. La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida.

224. La sobriedad y la humildad no han gozado de una valoración positiva en el último siglo. Pero cuando se debilita de manera generalizada el ejercicio de alguna virtud en la vida personal y social, ello termina provocando múltiples desequilibrios, también ambientales. Por eso, ya no basta hablar sólo de la integridad de los ecosistemas. Hay que atreverse a hablar de la integridad de la vida humana, de la necesidad de alentar y conjugar todos los grandes valores. La desaparición de la humildad, en un ser humano desafortadamente entusiasmado con la posibilidad de dominarlo todo sin límite alguno, sólo puede terminar dañando a la sociedad y al ambiente. No es fácil desarrollar esta sana humildad y una feliz sobriedad si nos volvemos autónomos, si excluimos de nuestra vida a Dios y nuestro yo ocupa su lugar, si creemos que es nuestra propia subjetividad la que determina lo que está bien o lo que está mal.
225. Por otro lado, ninguna persona puede madurar en una feliz sobriedad si no está en paz consigo mismo. Parte de una adecuada comprensión de la espiritualidad consiste en ampliar lo que entendemos por paz, que es mucho más que la ausencia de guerra. La paz interior de las personas tiene mucho que ver con el cuidado de la ecología y con el bien común, porque, auténticamente vivida, se refleja en un estilo de vida equilibrado unido a una capacidad de admiración que lleva a la profundidad de la vida. La naturaleza está llena de palabras de amor, pero ¿cómo podremos escucharlas en medio del ruido constante, de la distracción permanente y ansiosa, o del culto a la apariencia? Muchas personas experimentan un profundo desequilibrio que las mueve a hacer las cosas a toda velocidad para sentirse ocupadas, en una prisa constante que a su vez las lleva a atropellar todo lo que tienen a su alrededor. Esto tiene un impacto en el modo como se trata al ambiente. Una ecología integral implica dedicar algo de tiempo para recuperar la serena armonía con la creación, para reflexionar acerca de nuestro estilo de vida y nuestros ideales, para contemplar al Creador, que vive entre nosotros y en lo que nos rodea, cuya presencia «no debe ser fabricada sino descubierta, develada» [155].
226. Estamos hablando de una actitud del corazón, que vive todo con serena atención, que sabe estar plenamente presente ante alguien sin estar pensando en lo que viene después, que se entrega a cada momento como don divino que debe ser plenamente vivido. Jesús nos enseñaba esta actitud cuando nos invitaba a mirar los lirios del campo y las aves del cielo, o cuando, ante la presencia de un hombre inquieto, «detuvo en él su mirada, y lo amó» (Mc 10,21). Él sí que estaba plenamente presente ante cada ser humano y ante cada criatura, y así

nos mostró un camino para superar la ansiedad enfermiza que nos vuelve superficiales, agresivos y consumistas desenfrenados.

227. Una expresión de esta actitud es detenerse a dar gracias a Dios antes y después de las comidas. Propongo a los creyentes que retomem este valioso hábito y lo vivan con profundidad. Ese momento de la bendición, aunque sea muy breve, nos recuerda nuestra dependencia de Dios para la vida, fortalece nuestro sentido de gratitud por los dones de la creación, reconoce a aquellos que con su trabajo proporcionan estos bienes y refuerza la solidaridad con los más necesitados.

3. MAGISTERIO SALESIANO

Don Bosco

Propósitos al recibir la sotana

Después de aquella jornada debía ocuparme de mi mismo. La vida llevada hasta entonces había que reformarla radicalmente. No había sido en los años anteriores un malvado, pero sí disipado, vanidoso, muy metido en partidas, en juegos, pasatiempos y cosas semejantes, que alegran por el momento, pero que no llenan el corazón.

Para trazarme un tenor de vida estable y no olvidarlo, escribí los siguientes propósitos:

- 1.° En lo venidero nunca tomaré parte en espectáculos públicos, en ferias, mercados; ni iré a ver bailes y teatros; y en cuanto me sea posible, no iré a las comidas que se suelen dar en tales ocasiones.
- 2.° No haré más juegos de manos, de prestidigitador, de saltimbanqui, de destreza, de cuerda; no tocaré más el violín, ni iré más de caza. Considero todas estas cosas contrarias a la gravedad y al espíritu eclesiástico.
- 3.° Amaré y practicaré el retiro, la templanza en el comer y beber, y no tomaré más descanso que las horas estrictamente necesarias para la salud.
- 4.° Así como en el pasado serví al mundo con lecturas profanas, así en lo porvenir procuraré servir a Dios dándome a la lectura de libros religiosos.
- 5.° Combatiré con todas mis fuerzas toda lectura, pensamiento, conversación, palabras y obras contrarias a la virtud de la castidad. Por el contrario; practicaré todo lo que, aunque sea insignificante, pueda contribuir a conservar esta virtud.
- 6.° Además de las prácticas ordinarias de piedad, no dejaré de hacer todos los días un poco de meditación y un poco de lectura espiritual.
- 7.° Contaré cada día algún ejemplo o máxima edificante para el alma del prójimo. Esto lo haré con mis compañeros, con los amigos, con los parientes, y cuando no pueda con otros, lo haré con mi madre.

Constituciones 1858

1. Quien trata con la juventud abandonada debe sin duda alguna procurar enriquecerse con toda virtud. Pero la virtud angélica, virtud querida al Hijo de Dios, la virtud de la castidad, debe ser cultivada en grado eminente.
2. Quien no esté seguro de conservar esta virtud en las obras, palabras, en los pensamientos, no se inscriba en esta Congregación, porque en todo momento se verá expuesto a peligros. Las palabras, las miradas, incluso indiferentes, son a veces mal interpretadas por los jóvenes que ya han sido - víctimas de las pasiones humanas.
3. Por ello máxima cautela en conversar y tratar con los jóvenes de cualquier edad o condición.
4. Huir de las conversaciones con personas de sexo diverso y hasta de los mismos seculares, cuando se prevé peligro para esta virtud.
5. Nadie vaya a casa de amigos o conocidos sin permiso expreso del superior, el cual le asignará siempre un compañero.
6. Medios eficaces para conservar esta virtud son la práctica exacta de los consejos del confesor, mortificación y modestia de todos los sentidos del cuerpo; frecuentes visitas a Jesús sacramentado, frecuentes jaculatorias a María Sma., a san Francisco de Sales, a san Luis Gonzaga, que son los principales protectores de esta Congregación.

Constituciones 1874

Castidad. La virtud sumamente necesaria, la virtud grande, la virtud angélica, a la cual forman corona todas las demás, es la virtud de la castidad. El que la posee puede aplicarse las palabras del Espíritu Santo: «Me vinieron todos los bienes juntamente con ella» (Sap 1, 11). El Salvador asegura que los que poseen este tesoro inestimable se hacen semejantes a los ángeles de Dios aun en esta vida mortal (cfr Mí 22, 30).

Pero este cándido lirio, esta rosa delicada, esta perla inapreciable, es muy acechada por el enemigo de nuestras almas, porque sabe que, si logra arrebatárnosla, puede darse por arruinado el negocio de nuestra santificación. La luz se cambia en tinieblas, la llama en negro carbón, el ángel del cielo se convierte en Satanás, y no queda ya virtud alguna. Aquí, amados míos, creo que será de mucha utilidad para vuestras almas el haceros notar algunas cosas que, si las ponéis en práctica, os reportarán grandes ventajas y hasta creo poderos asegurar qué conservaréis en vosotros ésta y todas las demás virtudes. Recordadlo, pues:

- 1." No entréis en la Sociedad Salesiana sino después de haberos aconsejado con persona prudente, que os considere capaces de conservar esta virtud.
- 2.a Evitad la familiaridad con personas de otro sexo, y nunca contraigáis amistades particulares con los jóvenes que la divina Providencia confía a vuestros cuidados. Caridad y buenas maneras con todos, pero nunca jamás apego sensible hacia alguno. «O no amar a ninguno, o amar a todos igualmente», dice san Jerónimo.
- 3.* Refrenad los sentidos del cuerpo. El Espíritu Santo dice claramente que el cuerpo es el opresor del alma: «El cuerpo corruptible entorpece la alma» (Sap 9, 15). Por esto san Pablo se esforzaba en domarlo con severos castigos, aunque estuviese rendido por las fatigas: «Castigo

mi cuerpo y lo sujeto a servidumbre » (1 Cor 9, 27). Os recomiendo una especial templanza en el comer y beber: el vino y la castidad no pueden estar juntos.

4. Son escollos terribles de la castidad los lugares, las personas y las cosas del siglo. Yo no recuerdo haber leído ni oído narrar que un religioso haya ido a su casa y reportado ventaja alguna espiritual. Por el contrario, se cuentan por millares los que, no dándose por entendidos y queriendo experimentar esta verdad por sí mismos, encontraron un amargo desengaño, y no pocos fueron infelices víctimas de su imprudencia y temeridad.
- 5." Vencedora de todo vicio y guarda fiel de la castidad, es la exacta observancia de nuestras reglas, y especialmente de las prácticas de piedad. Las Congregaciones religiosas son como pequeños fuertes avanzados: «Sion es la ciudad de nuestra fortaleza, hay en ella muro y baluarte» (Is 26, 1). La muralla, o sea, los baluartes de la religión, son los preceptos de Dios y de su Iglesia.

El demonio, para hacerlos violar, pone por obra toda clase de industrias y de engaños; pero para inducir a los religiosos a quebrantarlos, procura antes derribar el parapeto y fuerte avanzado, es decir: las reglas y constituciones del propio instituto. Cuando el enemigo del alma quiere seducir a un religioso y lanzarlo a violar los divinos preceptos, comienza por hacerle descuidar las cosas más pequeñas, después las de mayor importancia; y así, fácilmente le conduce a la violación de las leyes del Señor, verificándose lo que dice el Espíritu Santo: «El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá» (Sir 19, 1). Pues bien, hijos queridos, seamos fieles en la exacta observancia de nuestras reglas, si queremos ser fieles a los divinos preceptos, especialmente al sexto y al noveno. Que nuestros cuidados vayan constantemente dirigidos con especial diligencia a la perfecta observancia de las prácticas de piedad, que son el fundamento y sostén de todos los institutos religiosos.

Capítulos Generales

Capítulo General 21

La experiencia resalta, en las palabras del Rector Mayor, el propósito de la mayor parte de los salesianos que, en las situaciones nuevas y en los cambios que han tenido lugar en el ambiente social, viven su castidad consagrada con «dignidad, estilo del todo salesianos» para ser portadores del particular mensaje de castidad a los jóvenes. El ambiente de fraternidad y de familia que ellos crean constituye una condición indispensable para madurar en esa castidad consagrada y para fortalecerles ante las dificultades. La comprensión y la corrección fraterna, acompañadas del esfuerzo personal y del recurso a los medios sobrenaturales, psicológicos y de prudencia, hacen más seguro y más alegre este testimonio profundamente salesiano y evangélico. Por otra parte, se constata que «la práctica y la misma imagen e idea de este distintivo tan salesiano está oscurecido, deformado y desafiado en varias partes de la Congregación. Ideas, actitudes, permisividad, formas de mundanidad, justificadas muchas veces de diversos modos, el rechazo de las normas ascéticas

indicadas por las Constituciones y la tradición salesiana, desfiguran su fuerza, su riqueza personal y su significado de testimonio. Es, pues, necesario en este contexto reafirmar la importancia específica del testimonio y del anuncio de la castidad para nosotros, Salesianos, en el mundo juvenil, teniendo presente la actual situación cultural a este respecto. Sólo el amor de Dios llama de forma decisiva a la castidad religiosa y, por tanto, también a la vigilancia. La profundidad espiritual ayudara a entender y vivir la castidad consagrada como voluntad de vincularnos realmente con los demás, con amor purificado y cualificado, como reestructurado por la caridad de Cristo; un amor que sea intensamente virginal, o sea, desinteresado, disponible hasta el sacrificio, libre, universal, dominado por la misericordia y la esperanza. Nuestro esfuerzo es una respuesta de fe al don de la gracia que recibimos del Padre: anuncia este amor al mundo de los jóvenes, que anhelan la solidaridad y la unidad entre los hombres, y, al mismo tiempo, es testimonio de que todo esfuerzo de fraternidad halla su fuente y su cumplimiento en el don gratuito del Padre.

Capítulo General 25

93. Respuesta salesiana: el afecto ("amorevolezza")

El haber escuchado a los seglares y a los jóvenes nos ha convencido de que tienen grandes deseos de relación y de que en nuestra Congregación abundan experiencias que nos hacen confiar en la posibilidad de crecer en esa dirección, manifestando en plenitud —junto con los seglares y, en primer lugar, para con ellos— las riquezas del afecto salesiano y del espíritu de familia a que da origen.

Dicho afecto podría reducirse a un simple instrumento técnico, de captación y manipulación de la personalidad ajena, sea joven o adulta. Por ello, debe estar lleno de caridad y ser expresión de una auténtica espiritualidad relacional. Su fruto y signo es una castidad serena —tan estimada por san Juan Bosco—, que mantiene el equilibrio afectivo y la fidelidad oblativa. Robustecida y purificada así, la relación educativa se manifiesta en el encuentro personal, construye un ambiente formativo estimulante, anima a caminar en grupo y acompaña la maduración vocacional.

152. La castidad es su testimonio específico; anuncia y educa el amor dentro de una sociedad amenazada por el consumismo sexual, donde las relaciones de fidelidad en la familia y en la amistad son frágiles, donde a menudo el amor sólo se vive como satisfacción personal y donde la gratuidad de quien da su vida por los otros cada vez se comprende menos.

La castidad vivida como dinamismo evangélico indica un itinerario para el crecimiento de los valores humanos y cristianos: equilibrio, dominio de sí, libertad, alegría, madurez, estímulo valioso para la educación en la castidad propia de otros estados de vida.

Capítulo General 25

36. Esplendor de la castidad

La comunidad irradia su testimonio de castidad y lo ofrece a los jóvenes de hoy como un signo profético del Reino de Dios y proclamación de la dignidad de toda persona:

- creando un ambiente de fraternidad sereno y gozoso, que estimula el crecimiento de la verdadera amistad entre los hermanos y que llega a ser signo de la felicidad de la entrega por el Reino;
- apuntando hacia un estilo de vida sobrio y trabajador, nutrido de ascesis y de prontitud en el servicio, como expresión concreta del amor ilimitado a Dios y a los jóvenes;
- proponiendo a los jóvenes programas de educación para el amor y de valorización de la castidad;
- estableciendo, tanto en el ámbito de la Congregación como en el de la Inspectoría, normas de comportamiento a las que todos los hermanos deben conformarse, con el fin de prevenir escándalos por abusos sexuales, sirviéndose incluso de los oportunos asesoramientos legales y científicos;
- ofreciendo a los hermanos, especialmente a los que se encuentran en dificultad, acompañamiento, espacio de recuperación y aquellas intervenciones, incluso de ámbito inspectorial, que sean necesarias;
- comprometiéndose en la protección de los menores, colaborando también con personas y organismos que trabajan en la defensa los derechos de los niños y jóvenes que son víctimas de explotación sexual.

Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum

Seguir a Cristo casto

96. “Unión con Dios”, “predilección por los jóvenes”, “amorevolezza”, “espíritu de familia”, son características del espíritu salesiano que hablan de la forma salesiana de amar.

El salesiano hace cotidianamente experiencia del amor de Dios que colma su vida y vive una castidad feliz como «signo que señala a Cristo: vivo, resucitado, presente en su Iglesia, capaz de enamorar los corazones» .

Él está convencido de que la castidad consagrada imprime un original estilo a su capacidad de amar, de que lo hace generoso y alegre en el donarse sin reserva, libre de corazón para amar sólo a Dios y sobre todas las cosas, y capaz de vivir la afable bondad salesiana.

Él aprende a ser testigo de la predilección de Dios por los jóvenes, educador capaz de encarnar la paternidad de Dios hacia ellos, de modo que ellos “se den cuenta de que son amados”. A través de la caridad que sabe hacerse amar los educa en el amor verdadero y en la pureza.

En el contexto de una cultura que realza la importancia del cuerpo, y, no pocas veces, exaspera la sexualidad, el compromiso por la castidad y el testimonio de una humanidad equilibrada y feliz son el signo de la potencia de la gracia de Dios en la fragilidad de la

condición humana. El salesiano comunica con su vida que, con la ayuda del Señor, es posible una orientación del corazón, una educación de los afectos y un dominio de sí, que llevan a una experiencia auténticamente humana de amor a Dios y al prójimo.

97. La formación de la castidad requiere algunas condiciones particulares:

- educarse y educar para la madurez afectiva y para el amor, a partir del reconocimiento de que el amor ocupa el puesto central en la vida, de que no se reduce a una sola dimensión - la física, sino que implica toda la persona en todos sus aspectos, comprendidos el psíquico y el espiritual; madurar en la convicción de que el verdadero amor está siempre orientado al otro, es oblativo, y constituye a la persona capaz de renuncia;
- amar a Dios con todas las fuerzas y en Él especialmente a los jóvenes a quienes es enviado: por esto el salesiano acepta una forma de vida y un estilo de amor educativo y pastoral, que comportan la renuncia a la vida matrimonial y a todo lo que le es propio;
- integrar la necesidad de amar y ser amado en la capacidad de amistad y de compartir fraternalmente, en la “amorevolezza” del Sistema Preventivo que es la capacidad de amar y de hacerse amar;
- educarse en un amor hacia los demás hecho de respeto, de sinceridad, de calor humano, de fidelidad y de comprensión, superando las barreras que aíslan y las actitudes que llevan a instrumentalizar a las personas;
- tomar conciencia de la propia fragilidad y cultivar la ascesis y la templanza, manteniendo el equilibrio ante las propias emociones y dominando las pulsiones sexuales; ser prudente en los contactos interpersonales, en el lenguaje habitual, y en el uso de los medios de comunicación social;
- invocar la ayuda de Dios y vivir en su presencia; cultivar la amistad con Cristo, vivir el sacramento de la Reconciliación como fuente de purificación; confiarse con simplicidad a un guía espiritual; recurrir con filial confianza a María Inmaculada que ayuda a amar como Don Bosco amaba.

112. Desde los primeros años de la formación se asegure, a través del diálogo personal y el acompañamiento de toda la experiencia formativa, una educación personalizada de la sexualidad. Esta educación contribuya a hacer conocer la naturaleza verdaderamente humana y cristiana de la sexualidad, de modo especial su finalidad en el matrimonio y en la vida consagrada, conduzca a la estima y amor por la consagración, y haga crecer en «una actitud serena y madura frente a la feminidad».

113. Los hermanos, oportunamente ayudados, asuman conscientemente la ascesis que la castidad consagrada supone, en particular:

- verifiquen si las actitudes y los comportamientos hacia los demás, hombres y mujeres, y hacia los jóvenes son coherentes con las opciones de la vida religiosa salesiana y el testimonio que le es propio;
- acojan las eventuales correcciones fraternas;
- sepan hacer un uso equilibrado del tiempo libre, de los medios de comunicación social y de las lecturas; y sean prudentes en las visitas y en la participación a espectáculos.

Para favorecer el don de la castidad salesiana la comunidad cultive un clima de fraternidad y de familia entre los hermanos y en las relaciones con los jóvenes.

Rectores Mayores

Don Juan Vecchi

Un amor ilimitado a Dios y a los jóvenes (ACS 366 1998)

Al servicio del amor educativo

Cuando buscamos los motivos profundos de la insistencia que se registra en nuestra tradición, nos vienen a la mente expresiones con las que Don Bosco expresa su amor a los jóvenes y que tal vez nosotros hoy no nos atrevemos a repetir: “¡Os amo, queridos jóvenes y por vosotros estoy dispuesto a dar la vida!”. O las que hemos leído en el prólogo del Joven Instruido: “Queridos jóvenes: os amo con todo mi corazón. (...) Os puedo asegurar que hallaréis escritores mucho más virtuosos y doctos que yo, pero difícilmente encontraréis quien os ame en Jesucristo más que yo y que desee más vuestra felicidad” .

“El celibato...es un estado de amor” , que nos hace “signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes” . Para amar evangélica y educativamente, con mayor libertad y eficacia, se profesan los votos. Es cosa de todos conocida que la castidad no se puede separar de la caridad. San Francisco de Sales lo dice con su habitual sencillez y elegancia: “Nosotros conocemos que nuestra oración es buena y que progresamos en ella si, al salir de ella, nuestro rostro resplandece de caridad y nuestro cuerpo de castidad” .

Es sabido que la caridad pastoral, que constituye el corazón de la misión salesiana en el ámbito educativo, se expresa de forma “sensible”. “Trata de hacerte amar”, “Que los jóvenes vean que los amáis”. En consecuencia, no sólo cercanía y profesionalidad, sino amistad, afecto paterno y materno que levanta, alivia y muchas veces suple lo que les ha faltado a los muchachos. Y todo esto mirando a su bien y no a nuestra satisfacción, sin mecanismos cautivadores ni posesivos, sin ambigüedad ni cansancio en las inevitables pruebas de falta de correspondencia o incomprensión. Quien tiene ya experiencia de ello comprende la importancia de las palabras de Don Bosco: “Quien consagra su vida al bien de los jovencitos abandonados, debe tener gran empeño en adornarse de todas las virtudes. Pero la virtud que con el mayor esmero se ha de cultivar...es la virtud de la castidad .

También en este ámbito central de nuestro ministerio educativo se nos da una “gracia de unidad”, por la que la caridad produce pureza, y la delicadeza, comunicación suprema de afecto.

“La clave de la castidad salesiana -nota don Ricceri - es la caridad salesiana” . El estilo de la caridad salesiana está profundamente marcado por la castidad. Ésta libera y expresa, templea y protege, confiere originalidad al amor del educador - pastor.

Ante todo, lo hace capaz de una profunda gratuidad. Su gozo está en ver crecer a cada joven y para eso “da la vida” en el acompañamiento paciente de cada día. Desea la correspondencia y se alegra, porque ve en ella la prueba de que el joven ha acogido cuanto el educador le va proponiendo; pero, frente a la resistencia, es también capaz de esperar y de ofrecer nuevas oportunidades de salvación.

La castidad inspira, además, una amabilidad transparente y clara según el modelo de Don Bosco, por quien cada uno se sentía preferido, a juzgar por los signos de un amor que se hace legible con inagotable creatividad: “un amor, sin el mínimo movimiento de retorno sobre sí mismo”, que no se mancha ni sugiere, ni siquiera de lejos, ninguna clase de ambigüedad.

Este tipo de amor educativo da origen al espíritu de familia, auténtica fragua de la casa y de la obra salesiana. La caridad mantiene encendido el fuego; pero la castidad realza su luz y su calor. Ella estimula la acogida pronta de los hermanos y de los jóvenes, cultiva el gusto por el servicio de la casa, abre el corazón a amistades auténticas y profundas y en el encuentro de corazones sosegados se hace escudo y apoyo de la perseverancia y de la alegría de Salesianos y de jóvenes. “Aquellos que Dios conduce a separarse de sus parientes próximos por Su amor – hace notar J. H. Newman – encuentran hermanos en el espíritu a su lado. Los que permanecen solos por Su amor tienen hijos en el espíritu criados para ellos”.

Don Bosco “nos advierte que su método exige que debemos amar a la juventud, no sólo santamente, sobrenaturalmente, sino también sensiblemente, y que este amor debe tener todo el perfume de la vida de familia y las santas expansiones de la amabilidad”. Don Ricaldone duda en hablar de “caridad sensible”, y no es el único; pero comprende que es la palabra justa para expresar la intención de Don Bosco, el cual “quería que el alumno no sólo se dé cuenta de que el educador le ama, sino que éste se lo haga sentir”.

Esta dimensión es tan central que el CG24 vuelve a tomarla bajo el título Espiritualidad de la relación: el espíritu de familia. Para librar la relación educativa de posibles intenciones de captación o manipulación, el afecto “debe estar lleno de caridad y ser expresión de una auténtica espiritualidad. Su fruto y señal es una castidad serena –tan estimada por san Juan Bosco -, que mantiene el equilibrio afectivo y la fidelidad oblativa”.

Situaciones graves, que ponen en peligro la vocación salesiana, pueden tener su origen en la dificultad de conjugar juntas la caridad generosa y la castidad prudente, la audacia apostólica y la regularidad comunitaria. La parábola de ciertos caminos, comenzados con deseo sincero de servicio, pero progresivamente fracasados, invita a cada uno a sentirse responsable de la gozosa perseverancia del hermano, dándole el calor de la amistad, el gozo de la familia, la ayuda de la corrección fraterna.

Signo de la donación total

“Por vosotros estoy dispuesto a dar mi vida”, “quien gasta la vida por los jóvenes...” son expresiones de Don Bosco para definir el propósito interior que garantiza la práctica del Sistema Preventivo.

La virginidad de Jesús, de Su madre, de José su esposo, es el signo de su autoentrega incondicional al proyecto del Padre para la salvación de los hombres. Ellos no tuvieron un proyecto propio o, si lo tuvieron, lo abandonaron en el acto mismo en que recibieron su vocación

especial. Hicieron propio el designio de Dios. No tuvieron una familia propia, sino sólo la Familia de Dios; no una descendencia propia, sino sólo la que iba incluida en la Promesa de Dios.

María “Tota pulchra” se entrega radicalmente a Dios. “No sólo participa en la forma de vida que consiste en la donación de sí, sino que queda implantada en ella como su alma” . Es el modelo, el motor, la fuerza y el punto de atracción.

El “Totus Tuus” – repetido por Juan Pablo II – es la actitud interior de Cristo, venido para hacer la voluntad del Padre hasta la muerte, y la muerte de cruz.

Confrontándonos con estos parámetros nos sentimos pequeños y nos hacemos cada vez más conscientes de nuestra pobreza. Por eso, Jesús nos ama, con amor de predilección. Lo esencial es que, en respuesta a Su eterno amor, le entreguemos todo, tal vez sólo un par de monedas pequeñas, siguiendo el ejemplo de la viuda del Evangelio . Con tal de que sea todo lo que somos, todo lo que tenemos. Nos es difícil comprender por completo los votos religiosos, si no es en el interior de este horizonte, dentro del cual se coloca nuestra paciente navegación hacia la totalidad de la donación a Dios en la misión.

Los votos constituyen tres signos de la actitud total y única con la que nos abandonamos a la fidelidad del Señor, y que transfigura evangélicamente todos los valores de nuestra existencia.

“Don Bosco vivió la castidad como amor ilimitado a Dios y a los jóvenes” . Éstos constituyeron – por la fuerza y el don del Espíritu – su familia. Se consumió, por encontrarlos, recogerlos y educarlos. Quemó su tiempo para alcanzarlos, donde estuvieran, en las cárceles y en las calles, a través de las “Lecturas Católicas” y las colecciones de libros escolásticos. Construyó para ellos una casa, para darles alimento y vestido, una familia y una escuela, no obstante la exigüidad de sus medios.

Hay en la tradición espiritual de Occidente un significado de la locución pureza angélica, que merece ser redescubierto . Se refiere, por un lado, a la profundidad con la que los ángeles contemplan a Dios; y, por otro lado, a la prontitud con que se hacen mensajeros de salvación junto a los hombres y se transforman en custodios de los que Él ama, acompañándolos en medio de las dramáticas vicisitudes del mundo. Es un valor misionero que debe ser recuperado y explicativo, por analogía, a propósito de la vocación de los Salesianos, llamados a ser custodios y educadores de los jóvenes. La castidad nos vuelve totalmente “disponibles”: para estar aquí o para acudir allá, para conducir una recogida vida de estudio y de educación, o para atreverse cuando y donde se pone en peligro la vida; para entregarse a la “obediencia” religiosa (virtud misionera, por excelencia), como nos abandonamos en los brazos de la Providencia de Dios.

La alegría expresada por muchas poblaciones hacia quien “se queda” – incluso en los momentos más difíciles – para compartir y arriesgar todo con ellas; la resonancia enorme que, en todas partes, ha tenido la muerte de Madre Teresa de Calcutta nos muestra los frutos maduros de aquella “entrega total” a la causa del Reino, del que la castidad es signo.

Quien miraba a Don Bosco o a Madre Teresa no se preguntaba sobre la vida de castidad de ellos, pero la descubría y la apreciaba como un fuego, que encendía cada día una vida totalmente entregada.

A quien, durante la jornada mundial de la juventud de París 1997, les preguntaba qué fascinación habían encontrado en Juan Pablo II, anciano y decrepito, dos muchachos respondieron: “Hemos venido porque comprendemos que él da su vida por nosotros”.

Poner la vida totalmente a disposición no es un movimiento espontáneo. Y, sin embargo, no resultaba difícil, a los mejores muchachos de Valdocco (entre los cuales había muchos pilluelos), decir: “Yo quiero quedarme con Don Bosco”. Se quedaban no sólo para “estar con él”, sino también para “hacer como él”, lo que comportaba inevitablemente el “vivir como él”.

Estoy convencido de que, para aquellos muchachos, la castidad de Don Bosco no era percibida como un problema, una dificultad, o un sacrificio - y a veces lo habrá sido, aún para el santo de los jóvenes -, sino siempre como un don del Señor, una alegría de amar, una plenitud de vida, una entrega gozosa, que le permitía ser “todo” para ellos. Por eso, aún tratándose de una virtud exigente, ellos la abrazaban, juntamente con todo lo que hace hermosa, pero también comprometida, la vida salesiana.

“Como un postulado de la educación”.

La expresión es de don Alberto Caviglia que define así la función de la pureza en el proyecto educativo pensado por Don Bosco.

Nuestra castidad, ya lo hemos dicho, es fecunda para inspirar un amor paterno hacia los jóvenes, particularmente hacia aquellos que tienen mayor necesidad de él, y para sugerir los gestos que lo pueden hacer inmediatamente comprensible.

Es igualmente fecunda en cuanto a los objetivos y los contenidos de la educación, por la visión de la vida, de la persona y de la cultura que supone, testimonia y comunica.

La sexualidad comprende ciertamente una constelación de manifestaciones específicas: el sentido justo del cuerpo, la relación, la imagen de uno mismo y de los demás, el dominio y la orientación del placer, valores como el amor, la amistad, la entrega. Pero madura y se expresa en el contexto de toda la persona y nunca como función separada. Actúa juntamente con todos los demás aspectos de la personalidad. Educar la totalidad de la persona en conformidad con una cierta visión es, pues, indispensable.

Esto hace ver el influjo cotidiano que la presencia, las palabras, la amistad, los actos de educadores y educadoras pueden tener sobre los jóvenes que frecuentan nuestros ambientes. Educamos más por lo que somos que por lo que decimos.

Hoy se siente una gran necesidad de individuar caminos adecuados, para ayudar a los jóvenes a hacerse capaces de vivir e integrar la sexualidad en el proyecto de vida, al que se sientan llamados. Esto comporta procesos delicados y comprometedores muchas veces destinados a ir contra corriente; no podemos hacernos la ilusión de que ellos irán madurando solos, sin iluminaciones, propuestas y esfuerzo.

Si - como ha sido dicho con razón - “castidad es libertad” en el amar y en el ser amados, entonces hace falta individuar las etapas sucesivas de un “proceso de liberación”, que conduce progresivamente a orientar los recursos afectivos de la persona, poniéndolos al servicio de la amistad y del amor, en un proyecto estable de vida.

Para realizar un proyecto así, hace falta, ante todo, colocar en el centro de la acción educativa a la persona con sus múltiples posibilidades y, en particular, su destinación a Dios. Esto llevará a esclarecer el justo valor del cuerpo y de aquella virtud, hoy no común, que se llama pudor. Con él, el hombre y la mujer reconocen que son mucho más que el propio cuerpo y se habitúan a descubrir la riqueza inédita de los demás.

La presencia, en muchos ambientes nuestros, de muchachos y muchachas, nos compromete a tomar muy en serio el camino de la coeducación, en el que cada persona acoge la propia sexualidad como una vocación, descubre y aprecia la originalidad del otro sin transformarlo en objeto del deseo, aprende a entablar diálogos libres y maduros, en una dinámica relacional, en la que crece la amistad serena y el intercambio de los dones.

Los jóvenes están hoy metidos a la fuerza en campos de alta tensión emocional (media, grupos de amigos, discotecas, cultura ambiental...). Esto pide un “surplus” de esfuerzo para educar la castidad del corazón, enseñando sobriedad y regularidad de vida, control y orientación de los deseos, reflexión permanente sobre las propias opciones y actitudes afectivas, fuerte y serena capacidad de espera, a la que está llamado un joven cristiano, en preparación a los compromisos vocacionales y matrimoniales.

A partir de los primeros años, acompañemos a nuestros jóvenes a comprender cómo se realiza la persona en la experiencia de amor: de un amor que es encuentro y proyecto, oferta y don, alegría y sacrificio, voluntad de hacer felices más que de serlo, a veces a costa de los demás.

Sólo el amor oblativo puede ser la meta serena del impulso sexual. El joven debe comprender que cuanto más gira la sexualidad sobre sí misma, tanto más queda insaciada y enloquece en busca de evasiones, a las que en vano pedirá que satisfagan el anhelo del corazón. Nuestra sociedad nos ofrece, aún sin quererlo, mil pruebas del drama que envuelve a quien no acierta a dar con el justo camino del amor. Un amor que ignore el sacrificio, que no dé espacio a la cruz de Cristo, corre el peligro de transformarse continuamente en un amor posesivo, que subyuga e instrumentaliza

Pero aprender a amar es aprender a vivir, es comenzar a ser cristianos. Don Bosco lo sabía y lo enseñaba a sus muchachos. Por esto, a sus propuestas e invitaciones que no admitían dudas, añadía indicaciones sabias de custodia de los propios movimientos y sentidos, de refuerzo interior, de purificación.

El CG23 consideró que influye particularmente en la conservación o en el decaimiento de la fe esta educación del amor y nos invitaba a asumirla con decisión y en forma actualizada mediante algunos itinerarios: clima educativo rico de amistad, atención integral a la persona, cualidad humana en la presencia simultánea de muchachos y muchachas, educación de la sexualidad, testimonio de Salesianos y laicos que viven serenamente la entrega, catequesis que oriente hacia el Señor y forme la conciencia, vida espiritual que acentúe la fuerza transformadora de los Sacramentos .

Complementariedad enriquecedora

El CG24 ha sancionado un tipo de ambiente educativo que se venía formando desde hace tiempo, pero cuyas características no se habían aún expresado plenamente, ni se habían explicitado las consecuencias sobre nuestras actitudes y posibilidades. Una de esas características es la complementariedad entre educadores y padres que se traduce en diálogo, colaboración, iluminación e intercambio de experiencias. “Intensifíquese la colaboración con la familia, primera educadora de sus hijos e hijas. Para ello en nuestras obras debemos ofrecer un clima educativo rico en valores familiares y, particularmente, un equipo de educación en el que sea armónica la distribución de presencias masculinas y femeninas” .

El amor entre los esposos, así como da origen a la vida, constituye la primera y principal energía educativa de la familia. Ahora bien, los esposos, protagonistas de la familia cristiana, y los célibes, protagonistas de la vida consagrada, expresan el don de Cristo a su Iglesia en la fidelidad valiente y en el ofrecimiento total a una misión típica. El matrimonio cristiano y la castidad consagrada manifiestan en dos formas excelentes, aunque diversas, el mismo misterio de totalidad, expresado en el “pacto de amor”, animado por el mismo Espíritu Santo . “El sí de la promesa matrimonial y el sí del voto religioso corresponden a lo que Dios espera del hombre: la entrega de sí sin condiciones, así como el Señor en la cruz ofreció todo, alma y cuerpo, para el Padre y para el mundo” .

En el intercambio de dones entre vocaciones y estados de vida, la fidelidad de los esposos anima a los consagrados, y la fecunda virginidad de éstos sostiene el camino de los esposos, hoy bastante más insidiado y expuesto que ayer. Ellos se testimonian recíprocamente la fuerza que no viene de la carne ni de la sangre, sino del Espíritu de Cristo, que anima a Su Iglesia. Una única fidelidad al Señor los une, abriendo entre ellos diálogos profundos de comunión.

En el encuentro y en la colaboración diaria, este diálogo se vuelve para los jóvenes comunicación de valores y ejemplo de vida cristiana. “En este contexto - afirma el CG24 - hay que subrayar el significado y la fuerza profética del salesiano, quien no sólo contribuye a la educación mediante sus valores masculinos, sino que, viviendo el celibato con gozo y fidelidad, da testimonio de una calidad especial del amor y de la paternidad” .

En los ambientes educativos, además, estamos hoy llamados a expresar la riqueza educativa de la complementariedad masculina - femenina. Religiosos y educadores proyectan, actúan y verifican juntos. El recorrido de la coeducación nos interpela a nosotros junto y acaso antes que a los jóvenes. Miedo, distancia, timidez, incomunicación deben quedar superados; como también las ligerezas, la superficialidad, la ofuscación del sentido pastoral y del testimonio consagrado.

La exigencia de la coeducación toca el corazón, los pensamientos, las actitudes profundas, mucho más que solo los modales.

La mirada de Jesús y la persona de María nos dan los parámetros para orientar y modelar pensamientos, sentimientos y actitudes. Es claro que las relaciones humanas y la colaboración educativa fundada y expresada de acuerdo con tales parámetros da un toque de calidad humana y de testimonio cristiano al ambiente y a toda intervención educativa.

El CG24 nos lo recuerda en muchos pasajes. Escojo uno: “La presencia de la mujer ayuda a los salesianos, no sólo a entender el universo femenino, sino también a vivir una relación educativa más plena: el hombre y la mujer hacen que el joven - él y ella - descubra su identidad personal y acepte como enriquecedor lo que tiene de específico para ofrecerlo como don en la reciprocidad” .

La caridad virginal uniéndose al amor conyugal, la originalidad masculina en diálogo con el genio femenino, confluyen con fecundidad inédita en la “caridad educativa”, que se hace capaz de estructurar unitariamente los caminos de crecimiento humano y cristiano de jóvenes y adultos.

El camino hacia la madurez

Una emergencia que desafía e interpela

No puedo pasar en silencio una experiencia dolorosa, que está poniendo a dura prueba a algunas Iglesias locales e Institutos religiosos, en diversas partes del mundo. Se han dado casos – aquí y allá – de sacerdotes y religiosos que han sido acusados de “abusos y molestias sexuales” en menores o mujeres indefensas. Es conocida la devastación – a veces irremediable – que tales traumas producen en una vida joven. Esto explica la severidad de muchas legislaciones en relación con tales reprobados episodios y la severidad de los tribunales con los culpables. A veces, los hechos en cuestión se remontaban a decenas de años atrás: aún así, han sido objeto de procedimientos penales, con grave daño para la misión de la Iglesia, repercusiones dolorosas sobre el acusado y sobre su comunidad, y también enormes costos de naturaleza económica.

Estos sucesos adquieren importancia – además de por la gravedad objetiva de los hechos – también por los problemas colaterales que crean preocupación en las Iglesias y en las instituciones religiosas. A veces está por medio un anómalo ensanchamiento del concepto de “abuso y molestia sexual”, bajo el cual pueden caer también actos sólo imprudentes. No faltan ejemplos conocidos por todos.

No se puede ignorar el relieve que los media dan a las faltas de sacerdotes y consagrados, las más de las veces por una legítima denuncia y por una obvia exigencia de coherencia, pero, con frecuencia, también con fines especulativos y difamatorios en relación con la Iglesia católica y otras Instituciones. Todo ello se agrava aún más por la instrumentalización de los hechos en vista del desembolso de ingentes sumas de dinero por daños y gastos procesales.

Todo esto despierta en nosotros el eco de las palabras dramáticas que Don Bosco escribía desde Roma el 5 de febrero de 1873: “Con frecuencia se denuncian públicamente hechos inmorales y escándalos tremendos contra las costumbres. Es un mal enorme, un verdadero desastre, y yo pido al Señor que disponga sean cerradas todas nuestras Casas, antes que en ellas ocurran desgracias semejantes” .

Los hechos que caen bajos nuestros ojos, por una parte nos comprometen, de todas las formas posibles, a intervenir en defensa de los menores y contra la explotación de las mujeres. Y doy gracias de corazón a los hermanos comprometidos en estas fronteras.

Nos empujan también a redescubrir elementos del sistema preventivo, que Don Bosco había evidenciado o sugerido, y que, tal vez, en algún lugar, han sido parcialmente descuidados.

Es necesario recuperar algunas normas pedagógicas y prudenciales – propias de la tradición salesiana – que merecen volver a ser propuestas y que, a su tiempo, han sido recordadas a los superiores responsables, a los cuales, incluso a través de estas páginas, suplico una colaboración firme y serena. Es ésta una parte no insignificante de aquella preventividad, que estructura ambientes y costumbres, de modo que se ayude a que florezca toda virtud humana y cristiana.

Pero, sobre todo, nos solicita a comprender, a la luz de conocimientos adecuados y de la Palabra de Dios, el camino de crecimiento permanente que estamos llamados a recorrer. La búsqueda incontrolada de satisfacciones, aún siendo la más grave, no es la única manifestación de una sexualidad inmadura y reprimida. Hay también la incapacidad de amistad, la cerrazón a la fraternidad, la dureza de corazón, el apego incomprensible a pareceres, cosas o ventajas, la aridez en las relaciones. Necesitamos, pues, mantener la tensión hacia la plenitud de nuestra donación y de nuestra capacidad educativa.

Un recorrido que hay que asumir

La energía y la identidad sexual – que la castidad reconoce con gozo, acoge sin vacilaciones y valoriza en el propio proyecto de vida – estructura la personalidad a los niveles más profundos, teniendo en cuenta toda dimensión: el pensamiento, los afectos, la expresividad, la proyectación, la relación. Queda marcada por las experiencias de vida más significativas. La estación prenatal, los primeros meses y las relaciones con la madre, el clima y las relaciones familiares, los elementos de hereditariadad, la precocidad o los retrasos en la educación y en la autoeducación, las experiencias traumáticas de no fácil elaboración y otras influyen en el proceso de maduración de la afectividad y de la sexualidad.

La castidad serena se encuentra al término de un largo camino, por la simple razón de que la personalidad madura es también el punto de llegada de un largo recorrido. Se trata, pues, de acoger – para nosotros mismos y para los que han sido confiados a nuestro cuidado educativo – los procesos necesarios para alcanzar aquella madurez que engendra la alegría y la paz y que se traduce en fuerza de testimonio.

Al mismo tiempo, estamos llamados a tomar conciencia de que en este decisivo campo del crecimiento humano, la vida religiosa, y aún más una Congregación de educadores, está puesta, por decirlo así, a la prueba no sólo en lo que se refiere a la moral sexual, sino sobre todo a la riqueza afectiva. “Es necesario que la vida consagrada presente al mundo de hoy ejemplos de una castidad vivida por hombres y mujeres que demuestren equilibrio, dominio de sí mismos, iniciativa, madurez psicológica y afectiva” . Esto comporta el control y la orientación de las tendencias espontáneas, pero más aún el desarrollo de la capacidad de amar.

Las Constituciones nos advierten que “la castidad no es conquista que se logra de una vez para siempre: tiene momentos de paz y momentos de prueba. Es un don que, a causa de la debilidad humana, exige esfuerzo diario de fidelidad”

“Quiere decir – dice paternalmente don Ricceri – que no hay que maravillarse ni asustarse, si en ciertas horas de depresión, de inactividad o de aislamiento, sufrimos en la carne y en el corazón. Es un aspecto de nuestra cruz. Y alguna vez, acaso, una forma de participación en la angustia de Cristo en el huerto de Getsemani” . Dificultades en las relaciones, frustraciones apostólicas, incomprensiones comunitarias, ansia por la propia salud y por la de los propios seres queridos, momentos de estrés: todo influye puntualmente en nuestra esfera afectiva, con contragolpes, que hay que sopesar y superar con la ayuda de la gracia y de la oración, del espíritu de mortificación, de una serena determinación, de una comunidad que acoge y acompaña. No hay que excluir que se deban también seguir pacientes itinerarios para recuperar motivaciones y para cambiar costumbres arraigadas. Las diversas etapas de la vida requieren ulteriores procesos de recuperación del compromiso asumido.

Recordemos algunas indicaciones sustanciales para ese camino.

Nuestro ministerio debe ser ejercido con espíritu de humildad y de prudencia, liberándolo de toda forma de presunción, en todo lo puede herir a la castidad: Recordad que os mando a pescar, y que no debéis ser pescados”, decía Don Bosco a los suyos, con una pizca de humorismo y, sabiendo que habrían de empeñarse en ambientes de algún peligro, les recomendaba que “dejasen los ojos en casa” . Tales palabras proponen, más allá de las alusiones materiales, la atención que se debe

mantener en cuestión de amistades y familiaridades en nuestros ambientes educativos y pastorales, marcados por el encuentro diario con colaboradoras y jóvenes de ambos sexos.

El camino hacia la serena madurez está sellado con la Cruz. Con la autoridad de testigo ocular, don Albera escribe: “No se crea que Don Bosco haya dado poca importancia al espíritu de mortificación; estúdiense bien su vida y se encontrará que toda circunstancia es una invitación y una lección para la práctica de la mortificación” . Puede parecer una palabra inactual; en cambio, está unida a la fecundidad de la cruz. Tal vez, la insidia más peligrosa del espíritu burgués no sólo para la vida religiosa, sino aún antes para las raíces cristianas, es el rechazo de la cruz: tácito, práctico, sistemático. El confort es considerado como un valor deseable y un status que alcanzar; los analgésicos han pasado del mundo de la medicina al de la vida cotidiana, deseosa de aliviar todo sufrimiento. Se han producido así actitudes y hábitos para los que la satisfacción del deseo se convierte en un imperativo, la supresión de los riesgos de sufrimiento, sea físico como moral y espiritual, en un estilo de vida. Lo que en el campo físico es lícito, y a veces deseable, tiende a transferirse al campo moral, anulando o reduciendo el precio de obligada fatiga que cada uno está llamado a pagar en defensa de los valores, de la fidelidad, de la autenticidad de la vida cristiana. Ésta, desde los orígenes, se ha visto obligada a medirse con la cruz, la persecución, el martirio. La palabra de Pablo a los cristianos de Filipos sigue gozando de plena actualidad para nosotros, hombres de hoy, inmersos, a veces, en un clima de desempeño moral: “No pocos se comportan como enemigos de la cruz de Cristo. Os lo he dicho ya varias veces y os lo repito con lágrimas en los ojos” .

Cuando se discutió el lema a colocar en el escudo de la Congregación, hubo quien propuso Trabajo y templanza. Es conocida la insistencia de Don Bosco en este binomio, que invita a gastarse con generosidad, sin olvidar, al mismo tiempo, la medida. En este sentido, los dos elementos no deben ser leídos separadamente, sino unidos, para significar que el mismo trabajo debe ser regulado por la templanza, de modo que pueda continuar expresando caridad hacia Dios y hacia el hombre, evitando los excesos que pueden llevar al estrés, al “burn out” y a la confusión afectiva.

Es preciso saber mantener una razonable dosificación de tiempos de trabajo y de tiempos de recuperación, de espacios de acción y de formación, de inmersión entre la gente y de emersión espiritual a la búsqueda de nosotros mismos y de las motivaciones más profundas de nuestro vivir y de nuestro obrar. Hay que superar el activismo y el desorden de la vida y reconquistar el dominio sobre el tiempo, sobre las actividades y sobre nosotros mismos. Por esto, hace falta dar la importancia necesaria a los ejercicios espirituales anuales, al retiro mensual, al día semanal del Señor, a los momentos de comunidad y de oración diarios (¡comprendida la meditación!). El recogimiento personal debe, de nuevo, encontrar espacio en la programación de nuestra jornada. “El aislamiento es negativo, pero la soledad es otra cosa: se puede decir que es su contrario. Es como el silencio, que precede y fecunda la palabra” .

Las ayudas más decisivas, sin embargo, nos vienen de la gracia del Señor, que tiene en los sacramentos y en el amor a María Auxiliadora elementos que nuestra tradición ha reconocido siempre de gran eficacia.

La Eucaristía, que nos alimenta del Cuerpo y Sangre del Señor, renueva continuamente nuestra conciencia de ser Sus miembros, nos da fuerzas para vivir como cristianos, evitando todo lo que es contrario a este nombre.

La escucha cotidiana de la Palabra de Dios contesta y deshace los sofismas, con que estamos tentados de justificar eventuales hundimientos o de abandonarnos a costumbres menos positivas.

El amor a María y la contemplación de su incomparable existencia mantienen altas y castas las intenciones del corazón y animan a una mayor docilidad a las mociones de la gracia.

Don Pablo Albera subrayaba la importancia de la confianza en un director espiritual cuando recomendaba “abrir de par en par la propia conciencia al confesor” . Es una insistencia en fase de recuperación. Para mantener la conciencia sensible y vigilante, capaz de reconocer desde lejos el bien y el mal y para defender la propia libertad espiritual, ayuda poner la propia existencia bajo los ojos de los hermanos, saber confiar y valorar las mediaciones que el Señor pone en nuestro camino.

Discernimiento vocacional y formación inicial

El camino al que nos hemos referido requiere una actitud fundamental de partida, que es signo de la llamada a la vida salesiana y el aprendizaje interiorizado de las actitudes, hábitos y prácticas propios de la castidad. No se puede, pues, hablando del camino hacia la madurez, descuidar el discurso sobre el discernimiento vocacional y sobre la formación inicial. Nuestros documentos ofrecen criterios carismáticos de discernimiento y opciones pedagógicas para el acompañamiento de los candidatos. No es el caso de repetirlos aquí. De todos modos conviene recordar algún punto de particular actualidad.

La experiencia, la reflexión y las orientaciones eclesiales de estos últimos años han dado importancia particular a la madurez afectivo-sexual esencial como condición previa para la admisión a los votos religiosos y al ministerio ordenado y como elemento indispensable para una experiencia vocacional serena y madura .

Una formación específica de la afectividad, que integre el aspecto humano con el aspecto más propiamente espiritual, es particularmente necesaria en el contexto actual, que es al mismo tiempo de gran apertura y de continua exposición a diversos estímulos. “Se hace más difícil, pero también más urgente, - afirma la Pastores Dabo Vobis - una educación a la sexualidad que sea verdadera y plenamente personal y que, por ello, favorezca la estima y el amor a la castidad, como virtud que desarrolla la auténtica madurez de la persona y la hace capaz de respetar y promover el significado esponsal del cuerpo” .

En versión contextualizada en la fase que se va abriendo para nosotros, el CG24 pide que “se preste una atención particular a la madurez afectiva que requiere la colaboración con los seglares y con el mundo femenino” y que se ayude a los hermanos desde la primera formación “a crecer con una actitud serena y madura frente a la feminidad” .

Se trata de llevar a los candidatos a una decisión madura y libre, fundada en el conocimiento de sí y del proyecto vocacional al que son llamados; de asegurar aquella idoneidad “gracias a la cual el consagrado ama su vocación y ama según su vocación” .

En el proceso de discernimiento y en los momentos de admisión el área afectivo-sexual debe ser objeto de particular atención, evaluada en la globalidad de la persona y de su historia, en relación con las características de la vocación salesiana.

Entre los puntos a tener en cuenta y a clarificar antes del noviciado, en base a un conocimiento adecuado y a una evaluación prudente, está el estado sano de la afectividad, particularmente el equilibrio sexual. El decreto *Perfectae Caritatis* del Vaticano II, recogido por el *Potissimum Institutioni*, pide que los candidatos a la profesión de la castidad no abracen este estado, ni sean admitidos, sino después de una prueba suficiente y después de que se haya alcanzado una conveniente madurez psicológica y afectiva

El discernimiento inicial o el proceso formativo pueden evidenciar serias inconsistencias, experiencias de vida que inducen, al menos, a una extrema prudencia. El artículo 82 de las Constituciones recuerda la palabra de Don Bosco: “Quien no abrigue fundada esperanza de poder guardar, con la ayuda de Dios, la virtud de la castidad en las palabras, en las obras y en los pensamientos, no profese en esta Sociedad, pues con frecuencia se hallaría en peligro”. Es una directriz, que nos compromete a asegurar la seriedad del discernimiento y de las admisiones.

Hay personalidades que muestran, desde el principio, elementos que suscitan seria preocupación: la vida salesiana no es su camino. La “fundada esperanza”, subrayada por las palabras de Don Bosco, no puede coexistir con situaciones que han dejado huellas profundas en la persona, ni con inclinaciones que difícilmente se armonizan con las características de la vocación salesiana y con las exigencias de la misión de educador pastor, ni con una vida precedente gravemente incorrecta.

Conocemos tales situaciones y tendencias; pienso, por ejemplo, en las relaciones precoces, en las experiencias sexuales, en las problemáticas en el ámbito de la homosexualidad, en situaciones de violencia, y otras semejantes. Sobre éstas se discute con abundancia de datos antropológicos, pedagógicos y morales. La variedad de los sujetos, la diversa incidencia de las situaciones y el diferente estado en que se pueden encontrar las susodichas tendencias desaconseja un tratamiento sumario, para no agravar a las personas y no limitarse al hecho del aceptar o no. Es conveniente, sin embargo, saber que nosotros tenemos criterios propios de una Congregación de educadores expresados en nuestros documentos y con posibilidad de que sean ulteriormente especificados para casos particulares.

No es siempre fácil discernir y valorar con delicadeza y prudencia. Es necesario, por eso, recurrir a profesionales serios, para servirnos de todo lo que la ciencia pone a nuestra disposición en este fundamental campo de la madurez humana.

En todo caso no se pueden cerrar los ojos sobre situaciones dudosas. Éstas deben esclarecerse antes de admitir a obligaciones que comprometen seriamente a la persona y a la Congregación. El formador, guía o acompañante, debe estar en grado de no hacerse ilusiones él mismo y de no ilusionar tampoco acerca de la consistencia del candidato.

Ciertos abandonos, en fase de experiencia avanzada, muchas veces consecuencia de admisiones poco prudentes, y otras situaciones dolorosas (ambigüedad de vida, insatisfacción permanente e inexplicable, compensaciones ilegítimas) invitan a la vigilancia en el discernimiento.

Subrayada la atención que se debe prestar a la dimensión afectivo sexual y vista la necesidad de una actitud fundamental para la castidad “salesiana”, hay que recordar que ésta requiere una

formación mental, moral, espiritual y ascética, si se quiere que lleve a la realización de personas maduras y felices. Es, pues, un punto que afrontar de manera serena, abierta y directa.

El conocimiento adecuado, en términos reales, de la sexualidad en sus diversos aspectos, significados y realizaciones es hoy necesario, sin descuidar la información sobre hechos y tendencias presentes en nuestra cultura. En tal sentido, hay que presentar el problema de los “abusos y molestias” y sus implicaciones de naturaleza civil, eclesial, vocacional, subrayando el sentido de justicia hacia aquellos que son objeto de ellos y cultivando una atenta preocupación pastoral, tanto en relación con la víctima como con el culpable.

Simultáneamente será necesario presentar en forma “positiva” el celibato y la castidad por el Reino, ayudando a asumirla como un bien también bajo el punto de vista humano, con la libertad que “se presenta como obediencia convencida y cordial a la verdad del propio ser, al significado de la propia existencia”. La visión que se ofrece, basada siempre en la Palabra de Dios, caracterizada por el realismo, indicará criterios y parámetros de autoevaluación que el sujeto pueda aplicarse sin ansiedades y sin ilusiones.

En esta perspectiva se insertan armónicamente, sin dicotomías y sin ingenuidad, la exigencia de vigilancia espiritual, de prudencia y renuncia, el reclamo a la ascesis y a la disciplina de vida, al indispensable y continuo esfuerzo para dominar e integrar los impulsos sexuales.

La apertura transparente en el diálogo formativo (dirección espiritual) y la práctica frecuente del sacramento de la reconciliación, las relaciones humanas y comunitarias de serena amistad y fraternidad, el sentido de la misión y el amor personal a Jesucristo sostienen un camino de fidelidad no exento de insidias.

La formación a la castidad consagrada constituye un desafío y un empeño para todos los que intervienen por diversos títulos en el proceso vocacional. Y en algunos contextos puede incluir dificultades provenientes del subsuelo cultural. En este sentido, especial atención habrá que reservar a la preparación inicial de los candidatos y a la formación continua, a la renovación pedagógica y a la unidad de criterios, a lo largo de todo el camino formativo.

Las enseñanzas de Don Bosco y la experiencia de la Congregación nos ayudan a unir confianza educativa y exigencia, sensibilidad pedagógica y responsabilidad carismática.

El papel de la comunidad

Cuanto hemos dicho puede producir la impresión de que la castidad tenga relación exclusivamente con la esfera individual. Sería como aceptar la insinuación insistente de la cultura actual que relega ciertos aspectos del comportamiento al intocable “privado”, a la sola conciencia del individuo.

Es verdad que en este ámbito, como en todo el proceso vocacional, cada uno de nosotros tiene una responsabilidad intransferible y única. Y, sin embargo, la comunidad tiene una función nada secundaria.

Cada uno está llamado personalmente a inserirse en la comunidad con madurez y a hacerse disponible para un intercambio fraterno de dones y experiencias. La comunidad, por otra parte, crea el clima, apoya, estimula y sostiene. La calidad de nuestro testimonio de castidad va unida a la calidad de nuestro ser y construir comunidad, de nuestro vivir y trabajar juntos. Podemos explicitar algunos motivos de esta interdependencia.

“En la comunidad – dicen las Constituciones – encontramos respuesta a las aspiraciones profundas del corazón”, es decir, a la necesidad de amar y de ser amados. En el afecto dado y correspondido nos hacemos conscientes de nuestro valor como personas y expresamos las más profundas potencialidades de nuestro ser. La comunidad es nuestra familia. En la comunicación serena y en la amistad adulta crece y se manifiesta nuestra capacidad de donación, construimos relaciones de colaboración eficaz. Cuando más fuerte y más sincero es nuestro vivir juntos, tanto más el sentido de nuestra castidad, incluso en sus aspectos evidentes de renuncia, tonifica nuestra necesidad de amor humano y da testimonio creíble de que el amor de Dios llena nuestra existencia. Resulta evidente entonces, especialmente para los jóvenes y la gente que vive a nuestro lado, que la virginidad que profesamos es una opción de un amor auténtico, sincero, envolvente, rico de humanidad y abierto a todos. Es cosa cierta que el amor fraterno previene, neutraliza, mitiga y reorienta a tiempo eventuales bajones afectivos. La disolución comunitaria, en cambio, que tiene sus manifestaciones en la frialdad, en la fuga hacia lo externo, en el individualismo apostólico, empuja hacia evasiones y satisfacciones alternativas.

Un segundo motivo de la estrecha relación entre responsabilidad personal y experiencia comunitaria está en nuestra misión de educadores. La vida comunitaria es una escuela y una palestra. La comunicación educativa tiene eficacia si se realiza a través de una relación correcta e intensa, capaz de transmitir válidas experiencias y visiones de vida. El compartir comunitario, la capacidad y disponibilidad para integrarnos y completarnos recíprocamente, proporcionan el banco de prueba para relacionarnos de forma equilibrada y eficaz también en lo que respecta a los jóvenes. Tal vez, detrás de muchas tensiones comunitarias se esconde la incapacidad para el diálogo, la renuncia a integrarnos en la misión, la obstinación en querer trazar contra todo y contra todos nuestro camino. La fragilidad del tejido comunitario repercute negativamente en la eficacia de nuestra presencia en medio de los jóvenes, que pueden ser objeto de nuestros desahogos y de nuestras tensiones. Una experiencia de vida comunitaria serena se vuelve educativa por sí misma, sobre todo en la esfera del amor, de la amistad, de la afectividad, para lo que los jóvenes son particularmente sensibles.

Por último, la comunidad nos guía y nos sostiene en nuestro camino de fidelidad, ofreciéndonos un espacio humano de interrelaciones, circunstancias, acontecimientos y contactos que hacen que nos sintamos humanamente realizados, insertos positivamente en la sociedad y en el mundo. Una comunidad bien integrada comunica fuerza, energía a cada uno de sus miembros, motivándolo ulteriormente en el vivir la propia llamada, sosteniéndolo en los momentos de dificultad, concediéndole un amplio espacio de comprensión para afrontar, incluso, situaciones difíciles, momentos de crisis y de extravío. La cercanía amigable y discreta de los hermanos es apoyo para quien vive las tensiones de la juventud y las crisis de la madurez, los afanes de la enfermedad y de la ancianidad.

La comunidad tiene, pues, un papel delicado: asistir y discernir. Asistir en el sentido salesiano significa prevenir, percibir prontamente los signos de un estado de ánimo o de insatisfacción, advertir con una palabra fraterna ambigüedades y riesgos incipientes, dar una franca y valiente iluminación a quien pudiera tener necesidad de ella.

Discernir quiere decir resolver situaciones insostenibles con respeto fraterno, pero con igual firmeza y oportunidad. Es deber del superior, pero no sólo de él. El testimonio de cada uno influye en toda la comunidad y, por tanto, le corresponde. La comunidad debe sentirse investida

del deber de custodiar tal testimonio. A ello nos llama nuestro compromiso religioso y, bajo varios aspectos, también la ley civil..

Don Pascual Chávez

Y Jesús crecía en sabiduría, estatura y gracia (1 de enero de 2006)

Aplicaciones pastorales y pedagógicas

Como es costumbre, el Aguinaldo, y en particular éste de 2006, nos da la oportunidad de ofrecer a toda la Familia Salesiana algunas sugerencias pastorales y aplicaciones pedagógicas.

He visto y apreciado el esfuerzo bien logrado de algunas Inspectorías Salesianas para traducir en programas educativos la Propuesta Pastoral con la que he querido acompañar este Aguinaldo, como había ya hecho en 2004. También la revista *Note di Pastorale Giovanile* ha dedicado un número monográfico para profundizar el tema y ofrecer oportunos y preciosos materiales. Os invito a tener presentes todos estos materiales, que os pueden ser muy útiles, mientras personalmente os vuelvo a proponer las grandes líneas inspiradoras de la propuesta pastoral.

* He aquí, pues, mis indicaciones

Asegurar una atención especial a la familia en nuestra propuesta educativa y evangelizadora requiere, entre otras cosas:

- Garantizar un especial compromiso de educar en el amor en el ámbito de la acción educativa salesiana y en el itinerario de educación en la fe propuesto a los jóvenes. El CG23 presentaba la educación en el amor como uno de los nudos en que se manifiesta la incidencia de la fe en la vida o su irrelevancia práctica. La experiencia típica de Don Bosco y el contenido educativo y espiritual del Sistema Preventivo nos orientan a:

- dar una especial importancia al compromiso de crear alrededor de los jóvenes un clima educativo rico de intercambios comunicativos-afectivos,
- apreciar los valores auténticos de la castidad,
- promover las relaciones entre muchachos y muchachas en el respeto de sí y de los demás, en la reciprocidad y en el enriquecimiento recíproco, en la alegría de una donación gratuita,
- asegurar en el ambiente educativo la presencia de testimonios limpios y gozosos de amor, de modo especial a través de la donación en la castidad.

Da mihi animas, cetera tolle (24 de junio de 2006)

Más que de nuestras presencias, obras y estructuras, la Iglesia tiene necesidad de nuestra presencia, de nuestra vida consagrada, de la radicalidad en el seguimiento de Cristo. Nos lo ha recordado el Papa Benedicto XVI: “Frente al avance del hedonismo, a vosotros se os pide el testimonio valiente de la castidad, como expresión de un corazón que conoce la hermosura y el precio del amor de Dios. Frente a la sed de dinero, vuestra vida sobria y dispuesta al servicio de los más necesitados recuerda que Dios es la riqueza verdadera que no perece. Frente al individualismo y al relativismo, que llevan a las personas a ser única norma para sí mismas, vuestra vida fraterna, capaz de dejarse coordinar y, por lo mismo, capaz de obediencia, confirma que vosotros ponéis en Dios vuestra realización. ¿Cómo no desear que la cultura de los consejos evangélicos, que es la cultura de las Bienaventuranzas, pueda crecer en la Iglesia, para sostener la vida y el testimonio del pueblo cristiano?”.

Hacer la Eucaristía para hacerse Eucaristía (7 de junio de 2007)

La vida consagrada, “sacrificio” a través de la castidad

La segunda gran dimensión de la Eucaristía es el sacrificio. No es éste el momento de entrar en la discusión si la reforma postconciliar ha obscurecido, o incluso marginado, el carácter sacrificial de la celebración eucarística . Los testimonios bíblicos, tanto en la tradición sinóptica como en la paulina, son concordes en afirmar que

- Jesús estableció un paralelo entre el pan partido y el propio cuerpo (Mc 14,22; Mt 26,26; Lc 22,19; 1 Cor 11,24).
- Jesús definió una comparación entre el vino (que debía ser bebido durante la cena pascual) y su sangre, añadiendo que mediante su sangre se realiza la Nueva Alianza (Mc 14,24; Mt 26,28; Lc 22,20; 1 Cor 11,25).
- La presencia de la expresión por en los cinco textos hace poner la atención en “por quien” ha sido entregado el cuerpo y derramada la sangre (Mc 14,24; Mt 26,28; Lc 22,20).

La historia reciente sobre el sentido sacrificial de la Eucaristía - derivado, evidentemente, del Misterio Pascual - nos deja una enseñanza enriquecedora: no es el sufrimiento, sino el amor, el centro de la redención como obra del Padre, por medio de Cristo, en el Espíritu: Jesús puede dar la propia vida, como máxima expresión del propio amor, ¡como su don más grande! “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

Se suele afirmar que la Eucaristía es “memorial” de la muerte y resurrección del Señor, pero esto no es exacto si se refiere a la primera Eucaristía, la Última Cena. En realidad no fue sólo anámnesis, memoria, sino prolepsis, anticipación: precedió, dándole pleno sentido, lo que habría de suceder en el Gólgota. “Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección,

dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná”.

Sin la celebración de la Última Cena, no tendríamos la prueba más fuerte e inmediata del sentido que Jesús quiso dar a su propia muerte. Dicho con otras palabras: el “sacrificio incruento” (por amor) precede al “sacrificio cruento” (la muerte de Jesús en la cruz). Este aspecto fundamental de la Eucaristía en cuanto sacrificio como expresión suprema del amor de Jesús por nosotros, está en íntima relación con la castidad consagrada.

El ser humano está llamado a realizarse en el amor, y esto, en la expresión plena de la entrega, implica la donación total del cuerpo. La forma usual de esta donación es el “lenguaje” sexual; en ella el cuerpo es protagonista, si bien esté siempre escondido el peligro de no implicar la entrega total de la persona y, en este caso, se trataría de una mentira, visto que por su naturaleza es una entrega exclusiva y excluyente. La entrega sexual no es, con esto, el único modo para entregar el cuerpo como expresión del amor; encontramos en Jesús la entrega eucarística como la más profunda expresión del amor, puesto que aquí el cuerpo es el signo y el instrumento de la entrega de la persona, el verdadero protagonista del amor, y además no tiene límites de extensión: es “por todos”. Jesús no vive su amor y la entrega total de sí mismo en “clave sexual”, los vive en clave eucarística.

He aquí, para nosotros consagrados, el camino especial con que vivimos, en plenitud, nuestro amor y la consiguiente entrega que esto implica: nos abstenemos del entregar el cuerpo y los afectos a una sola persona, para darnos totalmente a todos. Sin duda, también aquí se puede caer en el peligro “simétrico” a la entrega sexual: allí se podía entregar el cuerpo sin entregar la persona; aquí se puede dar la falsa entrega de la persona sin la entrega total del propio cuerpo, sin aquel “consumarse y deteriorarse” incluso físicamente, que es la expresión auténtica e irrenunciable del amor vivido en clave eucarística.

De este modo se realiza, pues, la doble dimensión de la castidad consagrada, la ‘sístole’ de la vida en fraternidad y la ‘diástole’ de la entrega total en la realización de la misión. “La virginidad consagrada encuentra en la Eucaristía inspiración y alimento para su entrega total a Cristo” ; la Eucaristía es, también, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia, puesto que “no podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Esto exige por su naturaleza que sea comunicado a todos” . En ambas direcciones, como expresión de un amor de agapé, que no ignora la realización del eros, pero que lo asume de modo que se convierta en un amor perceptible, afectuoso, y no solamente objeto de fe, porque es imposible que se vea.

Figura humana y espiritual del beato Miguel Rúa (8 de septiembre de 2009)

Juan Bautista Francesia, pequeño obrero, entró en el Oratorio de Don Bosco a los 12 años. Encontró allí al estudiante Miguel Rúa, que tenía 13 años. Era 1850. Desde aquel momento fueron compañeros y amigos inseparables durante sesenta años, hasta el día 6 de abril de 1910. La mañana de aquel día Juan Bautista Francesia estaba sentado junto a Miguel Rúa que se estaba muriendo, y le sugirió la primera invocación que, juntos, siendo muchachitos, habían aprendido de Don Bosco: «Madre querida, Virgen María, haced que salve el alma mía». Y Miguel le respondió: «¡Sí, salvar el alma lo es todo!».

Cuando en 1922, a los 82 años, don Juan B. Francesia fue llamado a deponer bajo juramento lo que pensaba de la santidad de Don Rua, con la palabra ‘castidad’ se conmovió, y en voz baja dejó salir de sus labios un testimonio que aún hoy nos conmueve leer y que nos deja encantados: «El esplendor de la virtud angélica se transparentaba de toda la persona de don Miguel Rua. Bastaba mirarlo para comprender el candor de su alma. Parecía que más que en las cosas de este mundo tenía los ojos continuamente puestos en las cosas del cielo. Era Don Rua el retrato verdadero de san Luis, y yo puedo atestiguar que todo el tiempo que lo tuve cerca, nunca encontré una palabra, un gesto, una mirada que no estuviese marcada por esa virtud.

Su modo de ser y portarse, en cualquier tiempo y en cualquier lugar, estaba siempre conforme a la más exquisita delicadeza y modestia. Por eso era siempre edificante, en público, en privado, en el patio, por la calle, en la iglesia, en su habitación. En sus largas audiencias, con cualquiera que hablase, mantenía un actitud tan recogida y al mismo tiempo tan paternal que edificaba y atraía los corazones... Estaba tan lleno de delicadeza y de atención hacia la virtud angélica que, al inculcarla, su palabra tenía un eficacia especial. Eran amables y llenos de sabiduría los consejos que solía dar a los Salesianos para conducirse en medio de los jóvenes: ‘Amad mucho a los jovencitos confiados a vuestros cuidados, pero no apeguéis a ellos vuestro corazón’... Otras veces decía... que se debe tener cuidado de todas las almas, pero que no se debe dejar robar el corazón por ninguna... Al predicar le fluían del corazón las más suaves palabras, y las hermosas y bellas imágenes ganaban de tal modo a los jóvenes para la bella virtud angélica que parecía un verdadero Ángel del Señor... Esta virtud, por el testimonio que puedo dar por conocimiento propio, la cultivó de modo perfecto desde jovencito hasta la muerte».

María Inmaculada Auxiliadora (15 de agosto de 2012)

María, «modelo de caridad pastoral» (Const. 92)

Si de las tres virtudes teologales, «la más grande es la caridad» (1Cor 13,13), a ella conducen indudablemente la fe y la esperanza, y con seguridad María es un eminente ejemplo y modelo de amor. Retomando las palabras de Hans Urs von Balthasar en el título de su famoso libro: Solo el Amor es digno de fe, podemos aplicarlas en primera lugar a la Santísima Virgen: solo el amor de Dios da sentido a su fe y alimenta su esperanza.

Las expresiones de nuestras Constituciones a este respecto, aunque breves, son especialmente significativas. En primer lugar, en relación con Dios: «María Inmaculada y Auxiliadora nos educa para la donación plena al Señor» (Const. 92). Pero esta actitud teologal es inseparable del amor al prójimo: «contemplamos e imitamos [...] la solicitud por los necesitados», «nos alienta en el servicio a los hermanos», «modelo de oración y de caridad pastoral» (Const. 92).

Las referencias evangélicas son conocidas: en primer lugar la íntima relación (no solo porque en el texto lucano viene inmediatamente después) entre la experiencia vivida en la Anunciación y el viaje que María emprende «a toda prisa» para visitar y servir a su pariente Isabel. Más todavía: el «signo» que da el ángel Gabriel a la Virgen no es tanto una confirmación teórica convincente, capaz de atenuar su confianza en Dios, cuanto más bien una invitación a la misión, a «ponerse en camino»,

para llevar a Isabel y a la familia (comprendido el niño, todavía no nacido, Juan Bautista) a Aquel que es portador de alegría, Jesús .

Contemplando «la soledad de los más necesitados» por parte de María, pensamos espontáneamente en las bodas de Caná, en el evangelio de san Juan. Sin quitar nada al valor simbólico y teológico del primer «signo» realizado por Jesús según el cuarto evangelio (subrayado desde los primeros Padres de la Iglesia hasta los últimos exegetas y estudiosos), no debemos ignorar su significado más sencillo e inmediato. En él descubrimos no solo la solicitud y la premura por las necesidades ajenas, sino también la delicadeza de María, tanto respecto a los responsables de la situación como hacia Jesús mismo. Y no está de más subrayar el aspecto «salesiano» de este milagro: el primer «signo» de Jesús está dedicado a la alegría de la fiesta.

Pero sobre todo, refiriéndonos a este aspecto central de la vida de María y de todo cristiano, no podemos limitarnos a citas aisladas o a aspectos fragmentarios: «Efectivamente, ha aparecido la gracia de Dios, que trae salvación a todos los hombres» (Tit 2,11); «Aparecieron la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor por los hombres (filantropía, en el texto griego)». (Tit 3,4). Si tomamos en serio el hecho de que el plan de salvación de Dios no es otra cosa que la manifestación plena y definitiva de su Amor, y si María ha colaborado de manera singular en nuestra salvación, conviene profundizar esta colaboración en la perspectiva del Amor.

Partiendo del testimonio unánime del Nuevo Testamento, la teología actual insiste con razón en colocar el origen de nuestra salvación en la voluntad del Padre, que por obra del Espíritu Santo nos ha enviado a su Hijo, nacido de María; y da mucho relieve al carácter trinitario del Misterio Pascual. Con estupor y alegría, el anuncio pascual, dirigiéndose al Padre, proclama (evocando Rom 8,32):

¡Oh inmensidad de tu amor por nosotros!

¡Oh inestimable signo de bondad!

¡Para rescatar al esclavo has sacrificado al Hijo!

En este aspecto, a la «kénosis» del Hijo, que se «despoja» de su condición divina, asumiendo la condición humana, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (cf. Fil 2,5-8), corresponde la «kénosis» del Padre, que se da todo en Él (cf. Rom 8,32).

En el momento crucial de la vida de Jesús, cuando «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el final» (Jn 13.1), dado que «nadie tiene un amor más grande que este: dar la vida por sus amigos» (Jn 15,13), encontramos a María a los pies de la cruz; se trata de tres versículos de una densidad sorprendente (Jn 19,25-27).

Justamente, estamos acostumbrados a considerar este texto como el «testamento» de Jesús, que confía a su propia Madre al discípulo amado, símbolo de todos los hombres que creen en Él: «He aquí a tu Madre»; y esto nos llena de una alegría extraordinaria. Pero aquello que no siempre se tiene en cuenta es lo que esto supone. Diciendo a su Madre: «Mujer, he aquí a tu hijo», está invitándola a compartir plenamente su misma renuncia («kénosis»), su total vaciamiento. De hecho, el sacrificio más puro que se puede pedir a una madre, es que acepte a otro en cambio del propio hijo. Aquí llegan a su punto más radical la fe, la esperanza (contra toda esperanza) y el amor de la Santísima Virgen María. Me atrevo a referir a la Madre del Señor la expresión del evangelio

de Juan (Jn 3,16) referida a Dios Padre: «María ha amado tanto al mundo que le ha entregado a su propio Hijo».

De manera semejante a las otras dos virtudes teologales, encontramos aquí el significado más profundo y enriquecedor de nuestra castidad consagrada. Hablar de castidad no significa, en primer lugar, hablar de «renuncia»; sino más bien, como dice el artículo 63 de nuestras Constituciones, «de amor hecho don», siguiendo el ejemplo de nuestro Padre: «Don Bosco vivió la castidad como amor ilimitado a Dios y a los jóvenes» (Const. 81). Quisiera concluir esta sección con una de las expresiones más bellas de nuestra Regla de Vida: el Salesiano «acude con filial confianza a María Inmaculada y Auxiliadora, que le ayuda a amar como amaba Don Bosco» (Const. 84).

Ángel Fernández

Aguinaldo 2015

Esa predilección de Don Bosco por los jóvenes, por cada joven, fue la que le llevaba a hacer lo que fuese, a romper «todo molde», todo estereotipo con tal de llegar a ellos. Como atestigua don Francisco Dalmazzo al «proceso de santidad» de Don Bosco, bajo juramento en 1892, «Yo vi un día a Don Bosco abandonar a don Rua y a mí, que le acompañábamos, para ayudar a un muchacho albañil a transportar una carretilla muy cargada, que se sentía incapaz de mover y que lo demostraba llorando; y esto sucedía en una de las calles principales de la ciudad».

Esa predilección por los muchachos llevaba a Don Bosco a entregarse del todo en la búsqueda de su bien, de su crecimiento, desarrollo y bienestar humano y de su salvación eterna. Ese era el horizonte de vida de nuestro padre: ¡ser todo para ellos, hasta el último suspiro! Lo expresa muy bien una de nuestras hermanas estudiosa de Don Bosco cuando escribe: «El amor de Don Bosco por estos jóvenes se manifestaba en gestos concretos y oportunos. Se interesaba por toda su vida, enterándose de las necesidades más urgentes e intuyendo las más ocultas. Afirmar que su corazón se entregaba totalmente a los jóvenes significa que toda su persona, inteligencia, corazón, voluntad, fuerza física, todo su ser estaba orientado a hacerles en bien, a promover su crecimiento integral, a desear su salvación eterna. Por tanto, para Don Bosco ser hombre de corazón quiere decir estar totalmente consagrado al bien de sus jóvenes y gastar a favor de ellos todas sus energías ¡hasta el último aliento!».

Cinco frutos del bicentenario (25 de julio de 2015)

Sueño con una congregación de salesianos felices

Os invito desde este primer momento a superar la tentación, tan humana por otra parte, de pensar negativamente, pensar que digo esto porque los salesianos no somos felices.

Todo lo contrario. No se trata de esto. Estoy convencido de que la mayoría de los sdb somos felices, muy felices en la vivencia de nuestra vocación. Me incluyo, porque yo también soy muy feliz. Pero creo que hemos de pretender que sea así en todos, sin que ningún hermano se quede al lado del camino sintiendo que él no puede, o que esta meta no es para él. Esta meta es para todos, puesto que este profundo deseo de felicidad resuena en el corazón de todo hombre o mujer desde que hemos sido llamados a la vida.

Es por eso que me permito comunicaros mi profundo sueño. El de una congregación, la nuestra, en la que cada salesiano pueda decirse a sí mismo, en lo más profundo de su ser, de su corazón, en su verdad más íntima: «soy feliz y me siento muy vivo y muy lleno de alegría, viviendo como Salesiano de Don Bosco».

El Papa, en el Mensaje para la apertura del Año de la Vida Consagrada, nos propone, como religiosos, este programa: «Sed felices. Mostrad a todos que seguir a Cristo y poner en práctica su Evangelio llena vuestro corazón de felicidad. Contagiad con esta alegría a quienes se acercan a vosotros».

Y creo, mis hermanos queridos, que de esto se trata: de vivir muy intensa y gozosamente nuestra vida. Puedo decirlo con mis palabras, pero ya lo dijimos en nuestro último Capítulo General en el que dábamos «gracias a Dios por la fidelidad de tantos hermanos, y por la santidad, reconocida por la Iglesia, en algunos miembros de la Familia Salesiana. Nos relacionamos cada día con adultos y niños; con hermanos, jóvenes y mayores, en plena actividad y enfermos que dan testimonio de la fascinación que supone la búsqueda de Dios, la radicalidad evangélica, vivida con alegría y con viva pasión por Don Bosco». Es el gran don que tenemos en nuestra Congregación: los miles y miles de hermanos que cada día dan vida y dan su vida con maravillosa generosidad. Pero me duele el dolor de los hermanos que no se sienten así. Hay hermanos salesianos que arrastran en su vida y en su corazón heridas, hermanos que se sienten dañados, que manifiestan dolor ¡Cuánto me gustaría que con la fuerza que viene del Señor, y con el afecto y la cercanía de algún hermano, pudieran confiar y esperar nuevamente algo bueno en sus vidas. Hay hermanos que están atravesando situaciones difíciles, o han perdido esa pasión del Amor primero que todos hemos sentido en la llamada del Señor; hay quizá hermanos que están caminando en alguna dirección que no les llevará a nada bueno como Salesianos de Don Bosco ¡Cuánto me gustaría que estos hermanos se dejaran tocar por Dios para «ir más allá»; cuánto me gustaría que se dejaran sorprender por Dios, que sin duda nos lleva siempre a situaciones de vida que están más allá de nuestros cálculos!

Hermanos queridos, independientemente de nuestro mayor o menor conocimiento de Don Bosco, todos tenemos la certeza de cuán importante era para Don Bosco la alegría y felicidad de sus salesianos y de sus jóvenes, no exenta de sacrificios y, ciertamente, con ese punto central y esencial que es el vivir en Dios y desde Dios. Nosotros hemos tomado las más trascendentes e importantes decisiones en nuestra vida, llegando al culmen de la misma con nuestro Sí al Señor. Y puesto que es así, todo lo demás tiene que ser una ayuda para vivir a pleno pulmón, para vivir muy en plenitud, para vivir sintiéndonos muy llenos de sentido y felices.

Aguinaldo 2016

Decir ¡CON JESÚS! desde el inicio del Lema del Aguinaldo nos habla de que Él es la puerta de entrada y el centro de toda nuestra reflexión. El camino que proponemos en estas páginas es

mucho más que una estrategia pastoral; es la afirmación de que sólo con Jesús, en Jesús y desde Jesús, podemos hacer un camino que sea realmente significativo y decisivo para nuestras vidas. Al igual que en las llamadas de Jesús en el Evangelio, hoy como entonces se fija y contempla con atención a cada persona, el fondo de su corazón, y desde ahí hace resonar su invitación a seguirlo. De eso se trata en la vida cristiana: arranca de una vocación, del sentirse llamado por el propio nombre. Ésta es, esencialmente, seguimiento de Jesús. Jesús es quien toma la iniciativa, quien sale a los caminos, quien busca el encuentro con premura. Su mirada de elección y su llamada personal piden una decisión llena de confianza y de abandono en Él. Porque cuando Jesús llama a alguien para que le siga, no le presenta un programa detallado, ni aduce motivos, ni admite condiciones. La llamada de Jesús compromete en una aventura, en un riesgo. Se trata de seguir su mismo destino sin mapa de navegación. Seguir a Jesús significa incomodarse, alzarse y ponerse en pie, no es quedarse a la orilla del camino, como quien ve pasar a alguien que suscita entusiasmo, polémica o disputa. Lo que conocemos de las llamadas de Jesús en el Evangelio se ha ido repitiendo a lo largo de los siglos, y es la misma llamada que nos ha hecho a cada uno de nosotros, Familia Salesiana, y la que hace a cada joven que se encuentra con Él, y que desea y decide ser de los suyos. Una decisión que implica la audacia del discípulo que vence cualquier tipo de miedo y suaviza las dificultades inherentes al seguimiento, como son el rechazo, la exclusión, la incompreensión o los riesgos.

Encontrar a Jesús, o más bien ser encontrado por Él, despierta admiración, atracción, fascinación. Pero no basta. Quizá la experiencia más importante que refleja este seguimiento sea la amistad personal con el Maestro. Una amistad que se comprende y se vive como entrega, fidelidad y confianza. Donde no hay amistad personal, no puede haber seguimiento, aunque haya otras cosas, tales como el entusiasmo o la laboriosidad hasta agotarse. La llamada nos pone frente al hermoso horizonte de la amistad, requiere adhesión cordial a la persona de Jesús y cambio radical de vida. Un seguimiento y un caminar con Jesús que se va convirtiendo en comunión con Él (Jn 1,31-51); un seguimiento y un caminar con Él que es también permanecer con Él, puesto que se llega a una experiencia personal de verdadero encuentro (Jn 15,14-16).

Esto que he expresado de manera breve queriendo ir a lo esencial ha de ser, mis queridos hermanos y hermanas, el punto de partida y de llegada, la prioridad máxime de nuestros empeños como educadores y evangelizadores de los jóvenes, de las jóvenes. Desde este mismo momento la invitación que les hago es la de recorrer personalmente, a veces con otros educadores y educadoras de las miles de presencias de nuestra familia en el mundo, y siempre con los jóvenes - siempre con ellos y siempre para ellos-, un camino de fe donde reavivar nuestra relación con Jesús. Sí, de eso se trata. Dejarnos alcanzar por su persona, dejarnos seducir no solo por un ideal o una misión, sino por el Dios vivo encarnado en él. Dejarnos transformar poco a poco por ese Dios apasionado por una vida más digna y dichosa para todos.

Nosotros mismos, y muy especialmente nuestros jóvenes, tienen deseo de Dios y necesidad de Dios. “Italia, Europa y el mundo en estos dos siglos han cambiado mucho, pero el alma de los jóvenes no ha cambiado: también hoy los muchachos y las muchachas están abiertos a la vida y al encuentro con Dios y con los otros, pero son tantos lo que están en peligro de desánimo, de anemia espiritual, de marginación”, nos dice el Papa Francisco a nosotros, Familia Salesiana.¹ Y deberíamos estar convencidos de que esta apertura al encuentro con Dios, esta necesidad de Dios, se convierte en acontecimiento decisivo para todos nosotros, y muy especialmente para nuestros

jóvenes, cuando el Cristo del Evangelio, sin recortes ni adiciones, es experimentado como quien da pleno sentido a la vida, pasando “de la admiración al conocimiento y del conocimiento a la intimidad, al enamoramiento, al seguimiento, a la imitación”.

SEGUNDA PARTE

REVISION DE VIDA

1. Scrutinium personal

A partir de nuestras Constituciones y Reglamentos

80. La castidad consagrada por el Reino es un don precioso de la gracia divina, concedido a algunos por el Padre. Como respuesta de fe, lo acogemos agradecidos y nos comprometemos con voto a vivir la continencia perfecta en el celibato.

Seguimos de cerca a Jesucristo, escogiendo un modo intensamente evangélico de amar a Dios y a los hermanos con corazón indiviso.

Nos incorporamos, así, con una vocación específica al misterio de la Iglesia, íntimamente unida a Cristo y, participando de su fecundidad, nos entregamos a nuestra misión.

- ✧ ¿Estoy convencido que las renunciaciones que implica mi castidad tienen sentido como expresión de mi amor indiviso a Cristo y a la Iglesia?
- ✧ ¿Estoy persuadido de haber renunciado a un bien noble en vista de un bien más precioso aún desde la perspectiva escatológica?
- ✧ ¿Soy serenamente austero y amorosamente vigilante?
- ✧ ¿Renuevo diariamente, en mi vida cotidiana, mi profesión religiosa?
- ✧ ¿Cultivo el amor a mis hermanos y comunidad?

81. Don Bosco vivió la castidad como amor ilimitado a Dios y a los jóvenes. Quiso que fuera signo distintivo de la Sociedad Salesiana: "Quien gasta su vida en favor de los jóvenes abandonados" debe, sin duda, poner el máximo empeño en enriquecerse de todas las virtudes, pero la virtud que se debe cultivar con mayor esmero [...] es la virtud de la castidad. Nuestra tradición siempre ha considerado la castidad como virtud radiante y portadora de un mensaje especial para la educación de la juventud. Ella nos hace testigos de la predilección de Cristo por los jóvenes, nos permite amarlos sinceramente, de modo que se den cuenta de que son amados, y nos pone en condiciones de educarlos en el amor y la pureza.

- ✧ ¿Pienso que mi castidad consagrada hace de mí un testimonio y signo vivo de la eficacia de la redención de Cristo?
- ✧ ¿Tengo conciencia de la importancia de mi castidad como expresión de mi amor a Dios y a los jóvenes?
- ✧ ¿Mi castidad es la fuerza que sostiene mi amor a los jóvenes y me permite educarlos en el amor y la pureza?
- ✧ ¿Mi amor es un afecto verdadero como el de un padre y un amigo? ¿busco amar como Cristo?
- ✧ ¿Educo a los jóvenes en el valor de la castidad?

82. Las exigencias educativas y pastorales de nuestra misión y el hecho de que la observancia de la perfecta continencia afecte a inclinaciones de las más profundas de la naturaleza humana, requieren en el salesiano equilibrio psicológico y madurez afectiva.

Don Bosco advertía: Quien no abrigue fundada esperanza de poder guardar, con la ayuda de Dios, la virtud de la castidad en las palabras, en las obras y en los pensamientos, no profese en esta Sociedad, pues con frecuencia se hallaría en peligro.

- ✧ ¿Acepto lealmente la vigilancia y la mortificación que exige la castidad del corazón y de los sentidos?
- ✧ ¿Siento haber llegado a una verdadera madurez afectiva con la victoria del amor oblativo por sobre mi egocentrismo?
- ✧ ¿En la dificultad, pido oportunamente la ayuda necesaria, me confronto con mi guía espiritual?

84. La castidad no es conquista que se logra de una vez para siempre: tiene momentos de paz y momentos de prueba. Es un don que, a causa de la debilidad humana, exige esfuerzo diario de fidelidad.

Por eso el salesiano, fiel a las Constituciones, vive en el trabajo y la templanza, practica la mortificación y la guarda de los sentidos, utiliza con discreción y prudencia los instrumentos de comunicación social, y no descuida los medios naturales que favorecen la salud física y mental.

Sobre todo, implora la ayuda de Dios y vive en su presencia, alimenta su amor a Cristo en la mesa de la Palabra y la Eucaristía, lo purifica humildemente en el sacramento de la Reconciliación y se confía con sencillez a un guía espiritual.

Acude con filial confianza a María Inmaculada y Auxiliadora, que le ayuda a amar como amaba Don Bosco.

- ✧ ¿En caso de dificultad, asumo los medios necesarios para ser victorioso: confianza con el confesor, oración más intensa, ascesis más oportuna, confianza en María Auxiliadora?
- ✧ ¿Se mantener el equilibrio entre nostalgia y aversión hacia los bienes a los que he renunciado?
- ✧ ¿Mi actitud es de rompimiento decidido con todo aquello que me impide una entrega generosa y total a Cristo y el servicio a los jóvenes?

R66. El testimonio y el servicio pastoral piden que el salesiano se inserte en el mundo.

Fiel a las opciones de su vocación, evitará las comodidades y seducciones del mundo. Será prudente en hacer visitas o asistir a espectáculos, evitando lo que no esté de acuerdo con la castidad religiosa.

- ✧ ¿Soy coherente evitando las ocasiones de infidelidad a mi entrega al Señor: lecturas, espectáculos, correspondencia...?

✧ ¿Vivo con austeridad y cultivo la ascesis necesaria para vivir coherentemente mi vocación?

R68. En sus relaciones con las personas y en sus amistades, el salesiano sea coherente con los compromisos adquiridos en la profesión. Evite, por tanto, actitudes y comportamientos peligrosos o ambiguos que puedan empañar el testimonio de su castidad.

✧ ¿Me preocupo por vivir el espíritu de lo que me pide los Reglamentos superando todo legalismo?

✧ ¿Discierno con sinceridad y ante el Señor mi fidelidad a mi profesión religiosa, evitando toda ambigüedad?

2. Scrutinium Comunitario

A partir de la lectura de nuestras Constituciones y Reglamentos

56. Los hermanos viven con sencillez su entrega personal y la capacidad de compartir, en la acogida y la hospitalidad. Con sus atenciones y su alegría saben hacer a los demás partícipes del espíritu de familia salesiano.

No obstante, para favorecer el respeto mutuo y las manifestaciones de la comunión fraterna, la comunidad reserva, para uso exclusivo de los hermanos, algunos ambientes de la casa religiosa.

✧ ¿Somos una comunidad acogedora?

✧ ¿Cuidamos el uso prudente de los ambientes de la comunidad?

✧ ¿Tiene nuestra comunidad espacios reservados exclusivamente para la comunidad?

81. Don Bosco vivió la castidad como amor ilimitado a Dios y a los jóvenes. Quiso que fuera signo distintivo de la Sociedad Salesiana: Quien gasta su vida en favor de los jóvenes abandonados" debe, sin duda, poner el máximo empeño en enriquecerse de todas las virtudes, pero la virtud que se debe cultivar con mayor esmero [...] es la virtud de la castidad. Nuestra tradición siempre ha considerado la castidad como virtud radiante y portadora de un mensaje especial para la educación de la juventud. Ella nos hace testigos de la predilección de Cristo por los jóvenes, nos permite amarlos sinceramente, de modo que se den cuenta de que son amados, y nos pone en condiciones de educarlos en el amor y la pureza.

✧ ¿Damos testimonio de una comunidad absolutamente entregada en la evangelización de los jóvenes?

✧ ¿Educamos a los jóvenes en el valor de la castidad?

✧ ¿Valoramos la asistencia como característica de nuestro Sistema Educativo hereditario de Don Bosco?

83. La castidad consagrada, signo y estímulo de la caridad, libera y potencia nuestra capacidad de hacernos todo para todos. Desarrolla en nosotros el sentido cristiano de las relaciones personales, favorece amistades auténticas y contribuye a hacer de la comunidad una familia. A su vez, el clima fraterno de la comunidad nos ayuda a vivir con gozo el celibato por el Reino y a superar, sostenidos por la comprensión y el afecto, los momentos difíciles.

- ✧ ¿Soy Sabemos crear en nuestra comunidad un clima de vida espiritual, que anime una ascesis comunitaria?
- ✧ ¿Reina en nuestra comunidad un ambiente de familia que nos ayuda al sano equilibrio afectivo sin necesidad de buscar expresiones de comunión fuera de casa?

84. La castidad no es conquista que se logra de una vez para siempre: tiene momentos de paz y momentos de prueba. Es un don que, a causa de la debilidad humana, exige esfuerzo diario de fidelidad.

Por eso el salesiano, fiel a las Constituciones, vive en el trabajo y la templanza, practica la mortificación y la guarda de los sentidos, utiliza con discreción y prudencia los instrumentos de comunicación social, y no descuida los medios naturales que favorecen la salud física y mental.

Sobre todo, implora la ayuda de Dios y vive en su presencia, alimenta su amor a Cristo en la mesa de la Palabra y la Eucaristía, lo purifica humildemente en el sacramento de la Reconciliación y se confía con sencillez a un guía espiritual.

Acude con filial confianza a María Inmaculada y Auxiliadora, que le ayuda a amar como amaba Don Bosco.

- ✧ ¿En nuestra comunidad existe un testimonio de trabajo y templanza como ayuda indispensable para vivir nuestra castidad?
- ✧ ¿Somos una comunidad en la que nos ayudamos con el testimonio, la corrección fraterna, el trabajo en equipo, la oración mutua?
- ✧ ¿Nuestra organización comunitaria nos permite usar los medios que nos ayudan a un sano equilibrio mental y físico: paseos y momentos de distensión, asegurar el sueño necesario de los hermanos, evitar el trabajo excesivo y desordenado?

R67. El empleo de personal femenino en nuestras casas y obras responda a criterios de necesidad, y tenga en cuenta las exigencias de la vida religiosa..

- ✧ ¿El personal de nuestra comunidad, responde a una auténtica necesidad y tiene presente las exigencias de una comunidad religiosa?
- ✧ ¿Mantenemos un trato digno y empapado de caridad con el personal contratado en nuestra comunidad?

TERCERA PARTE

CELEBRACIONES LITURGICAS

1. CASTIDAD Y CARIDAD

1. Motivación

La motivación profunda de nuestra castidad es la caridad, el amor a Dios y a los hermanos, por quienes entregamos la vida, especialmente los jóvenes más pobres, como hemos aprendido y heredado de Don Bosco.

canto: **Los hermanos unidos**

**¡Qué dulzura, qué delicia,
los hermanos todos unidos! (bis)**

Es unguento perfumado en la cabeza
que desciende por la barba.
Que baja por la barba de Aarón
hasta la franja de su ornamento.

Es rocío del Hermón que va bajando
sobre el monte Sión.
Porque allí manda el Señor la bendición,
la vida para siempre.

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos ha llamado a entregar nuestra vida
por amor a los jóvenes,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmodia

Salmo 15. La vida de Cristo es nuestra herencia

La experiencia de una vida absolutamente confiada en las manos del Señor se expresa en la alegría de tener su amor y amistad como herencia, un amor que colma toda necesidad. Este salmo lo rezaremos a dos coros.

Antífona: Magnífica es tu herencia, Señor

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tú eres mi bien.»
Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

Multiplican las estatuas
de dioses extraños;
no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

El Señor es mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: Magnífica es tu herencia, Señor

Salmo 61. Dios, única esperanza del justo

Tener a Dios como la "roca", es decir, gozar del amor de quien es siempre fiel y su misericordia no tiene límites, es una experiencia decisiva para quien está llamado a dirigir toda su vida hacia Dios. Este salmo lo rezaremos a dos coros.

Antífona: En el Señor he puesto mi confianza

Sólo en Dios descansa mi alma,
porque de él viene mi salvación;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.

¿Hasta cuándo arremeteréis contra un hombre
todos juntos, para derribarlo
como a una pared que cede
o a una tapia ruinososa?

Sólo piensan en derribarme de mi altura,
y se complacen en la mentira:
con la boca bendicen,
con el corazón maldicen.

Descansa sólo en Dios, alma mía,
porque él es mi esperanza;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.

De Dios viene mi salvación y mi gloria,
él es mi roca firme,
Dios es mi refugio.

Pueblo suyo, confiad en él,
desahogad ante él vuestro corazón,
que Dios es nuestro refugio.

Los hombres no son más que un soplo,
los nobles son apariencias:
todos juntos en la balanza subirían
más leves que un soplo.

No confiéis en la opresión,

no pongáis ilusiones en el robo;
y aunque crezcan vuestras riquezas,
no les deis el corazón.

Dios ha dicho una cosa,
y dos cosas que he escuchado:

"Que Dios tiene el poder
y el Señor tiene la gracia;
que tú pagas a cada uno
según sus obras."

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: En el Señor he puesto mi confianza

Salmo 65. Himno de acción de gracias

Demos gracias al Señor por las maravillas que obra en nosotros, tanto en nuestra vida personal como comunitaria, en nuestro seguimiento de Cristo crucificado y resucitado. Este salmo lo rezaremos a dos coros.

Antífona: Vengan y vean lo que Dios ha hecho por nosotros

Aclama al Señor, tierra entera;
tocad en honor de su nombre,
cantad himnos a su gloria.

Decid a Dios: «¡Qué terribles son tus obras,
por tu inmenso poder tus enemigos se rinden!»

Que se postre ante ti la tierra entera,
que toquen en tu honor,
que toquen para tu nombre.

Venid a ver las obras de Dios,
sus temibles proezas en favor de los hombres:
transformó el mar en tierra firme,
a pie atravesaron el río.

Alegrémonos con Dios,

que con su poder gobierna eternamente;
sus ojos vigilan a las naciones,
para que no se subleven los rebeldes.

Benedicid, pueblos, a nuestro Dios,
haced resonar sus alabanzas,
porque él nos ha devuelto la vida
y no dejó que tropezaran nuestros pies.

¡Oh Dios!, nos pusiste a prueba,
nos refinaste como refinan la plata;
nos empujaste a la trampa,
nos echaste a cuestras un fardo:

sobre nuestro cuello cabalgaban,
pasamos por fuego y por agua,
pero nos has dado respiro.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: Vengan y vean lo que Dios ha hecho por nosotros

4. Palabra de Dios

Lectura de la carta de San Pablo a los romanos (12, 9-13.15-18.21; 13, 8-10)

Amen con sinceridad. Tengan horror al mal y pasión por el bien. Ámense cordialmente con amor fraterno, estimando a los otros como más dignos. Con solicitud incansable y fervor de espíritu, sirvan al Señor. Alégrese en la esperanza, sean pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración. Consideren como propias las necesidades de los santos y practiquen generosamente la hospitalidad. Alégrese con los que están alegres, y lloren con los que lloran. Vivan en armonía unos con otros, no quieran sobresalir, pónganse a la altura de los más humildes. No presuman de sabios. No devuelvan a nadie mal por mal. Procuren hacer el bien delante de todos los hombres. En cuanto dependa de ustedes, traten de vivir en paz con todos. No te dejes vencer por el mal. Por el contrario, vence al mal, haciendo el bien. Que la única deuda con los demás sea la del amor mutuo: el que ama al prójimo ya cumplió toda la Ley. Porque los mandamientos: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás, y cualquier otro, se resumen en este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo. Por lo tanto, el amor es la plenitud de la Ley.

o bien

Lectura de la primera carta de San Pablo a los corintios (11, 1-8a)

Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada.

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasará jamás

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Magnificat

P. Con las palabras de la Virgen, confesemos nuestra humildad y sencillez ante el Señor, que nos llama a vivir en su amor, entregándonos con un corazón indiviso.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

8. Preces

P. Exhortados por el apóstol Juan, comprometámonos a huir del pecado y cumplir los mandamientos de Dios, que se resumen en el precepto de la caridad genuina y auténtica.

T. Quien ama a los hermanos ha pasado de la muerte a la vida.

P. Dios es amor; nosotros sabemos y creemos que Él nos ama: quien vive en el amor está unido a Dios, y Dios está presente en él.

T. Quien ama a los hermanos ha pasado de la muerte a la vida.

P. Nosotros sabemos y creemos que Dios nos ama: nosotros nos amamos porque Él nos ha amado primero.

T. Quien ama a los hermanos ha pasado de la muerte a la vida.

P. Si nos amamos los unos a los otros, Dios está presente en nosotros, y su amor en nosotros es verdaderamente perfecto.

T. Quien ama a los hermanos ha pasado de la muerte a la vida.

P. Amémonos los unos a los otros, porque el amor viene de Dios; quien tiene este amor se ha transformado en hijo de Dios y conoce a Dios.

T. Quien ama a los hermanos ha pasado de la muerte a la vida.

P. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida si amamos a nuestros hermanos. Amémonos de verdad, no solo con palabras sino con hechos.

T. Quien ama a los hermanos ha pasado de la muerte a la vida.

Padre nuestro

P. Oh Padre, tú nos has llamado a vivir con Don Bosco
para que, con amor indiviso, hagamos siempre tu voluntad.
Nosotros sabemos que la castidad por el reino de los cielos
es un don de tu gracia, que nos hace libres de corazón
para entregarnos a los hermanos, especialmente a los jóvenes, tus predilectos.
Concédenos la coherencia de vida con nuestra consagración;
para ser signos del amor de Cristo a los hermanos,
para alabanza y gloria tuya.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén

9. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,

la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

2. LA CASTIDAD, FUENTE DE FECUNDIDAD APOSTOLICA

1. Motivación

El voto de castidad nos hace completamente disponibles a los hermanos. Para nosotros, salesianos, el amor de Dios, sumo bien, nos impulsa a servir a los jóvenes como padres y amigos, que con un corazón puro, les ayudan a encontrarse con Cristo y amarle con todo el corazón.

canto: HAZ CANTAR TU VIDA

**Yo creo en Dios que canta,
que la vida hace cantar. (bis).**

Creo en Dios que canta
y que tu vida hace cantar;
la dicha y el amor son regalos que nos da.
Es como la fuente
que canta en tu interior,
y te impulsa a beber, la vida que Él te da.

Creo en Dios que es Padre y que Él se dice al cantar;
El hizo para ti, cantar la creación.
Nos invita a todos que la vida le cantemos;
sólo pensando en Él, brota sola una canción.

Creo en Jesucristo que es el canto de Dios Padre
y que en el Evangelio, Él nos canta su amor.
Él hace cantar la vida de los hombres
y toda vida es, la gloria del Señor.

Creo en el Espíritu que canta en nuestro ser
haciendo de la vida, un canto celestial.
Creo que la Iglesia reúne nuestras voces
y nos enseña a todos, la música de Dios.

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos invita a vivir en su amor
para ser signos de su amor para los jóvenes,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmos

Antífona: Amo habitar en tu casa, Señor

Salmo 25 Oración confiada del inocente

El Señor Nos eligió para que fuésemos consagrados e irreprochables ante él por el amor. Rezamos este salmo en dos coros

Hazme justicia, Señor, que camino en la inocencia;
confiando en el Señor no me he desviado.

Examíname, Señor, ponme a prueba,
sondea mis entrañas y mi corazón,
porque tengo ante los ojos tu bondad,
y camino en tu verdad.

No me siento con gente falsa,
no me junto con mentirosos;
detesto las bandas de malhechores,
no tomo asiento con los impíos.

Lavo en la inocencia mis manos,
y rodeo tu altar, Señor,
proclamando tu alabanza,
enumerando tus maravillas.

Señor, yo amo la belleza de tu casa,
el lugar donde reside tu gloria.

No arrebatas mi alma con los pecadores,
ni mi vida con los sanguinarios,

que en su izquierda llevan infamias,
y su derecha está llena de sobornos.

Yo, en cambio, camino en la integridad;
sálvame, ten misericordia de mí.
Mi pie se mantiene en el camino llano;
en la asamblea bendeciré al Señor.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Amo habitar en tu casa, Señor

Antífona: Tú nos colmas, Señor, con la abundancia de tus bendiciones

Salmo 64. Solemne acción de gracias

Alabamos al Señor por sus dones, por su permanente benevolencia con nosotros, por habernos elegidos para ser sus testigos en medio de los jóvenes. Rezamos este salmo alternando solista y coro.

¡Oh Dios!, tú mereces un himno en Sión,
y a ti se te cumplen los votos,
porque tú escuchas las súplicas.

A ti acude todo mortal
a causa de sus culpas;
nuestros delitos nos abruman,
pero tú los perdonas.

Dichoso el que tú eliges y acercas
para que viva en tus atrios:
que nos saciemos de los bienes de tu casa,
de los dones sagrados de tu templo.

Con portentos de justicia nos respondes,
Dios, salvador nuestro;
tú, esperanza del confín de la tierra
y del océano remoto;

Tú que afianzas los montes con tu fuerza,

ceñido de poder;
tú que reprimes el estruendo del mar,
el estruendo de las olas
y el tumulto de los pueblos.

Los habitantes del extremo del orbe
se sobrecogen ante tus signos,
y a las puertas de la aurora y del ocaso
las llenas de júbilo.

Tú cuidas de la tierra, la riegas
y la enriqueces sin medida;
la acequia de Dios va llena de agua,
preparas los trigales;

riegas los surcos, igualas los terrones,
tu llovizna los deja mullidos,
bendices sus brotes;
coronas el año con tus bienes,
las rodadas de tu carro rezuman abundancia;

rezuman los pastos del páramo,
y las colinas se orlan de alegría;
las praderas se cubren de rebaños,
y los valles se visten de mieses,
que aclaman y cantan.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Tú nos colmas, Señor, con la abundancia de tus bendiciones

Antífona: el Señor es tierno con sus fieles como lo es un padre con su hijo

Salmo 102. Himno a la misericordia de Dios

El Señor nos libra de todas nuestras angustias, y por eso nuestra vida se vuelve una alabanza a su nombre, porque su amor es eterno, causa de nuestra alegría y gozo pleno. Rezamos este salmo en un solo coro.

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.

Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.

Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa
y te colma de gracia y de ternura;
él sacia de bienes tus anhelos,
y como un águila se renueva tu juventud.

El Señor hace justicia
y defiende a todos los oprimidos;
enseñó sus caminos a Moisés
y sus hazañas a los hijos de Israel.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia;
no está siempre acusando
ni guarda rencor perpetuo;
no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre sus fieles;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.

Como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por sus fieles;
porque él sabe de que estamos hechos,
se acuerda de que somos barro.

Los días del hombre duran lo que la hierba,
florece como flor del campo,
que el viento la roza, y ya no existe,
su terreno no volverá a verla

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: el Señor es tierno con sus fieles como lo es un padre con su hijo

4. Palabra de Dios

Lectura de la segunda carta de San Pablo a los Corintios (4, 7-12)

Pero nosotros llevamos ese tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios. Estamos atribulados por todas partes, pero no abatidos; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados. Siempre y a todas partes, llevamos en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Y así aunque vivimos, estamos siempre enfrentando a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De esa manera, la muerte hace su obra en nosotros, y en ustedes, la vida.

o bien

Lectura de la carta de San Pablo a los Colosenses (1, 3-6.9-11)

Damos gracias a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando sin cesar por ustedes, desde que nos hemos enterado de la fe que tienen en Cristo Jesús y del amor que demuestran a todos los santos, a causa de la esperanza que les está reservada en el cielo. Ustedes oyeron anunciar esta esperanza por medio de la Palabra de la verdad, de la Buena Noticia que han recibido y que se extiende y fructifica en el mundo entero. Por eso, desde que nos enteramos de esto, oramos y pedimos sin cesar por ustedes, para que Dios les haga conocer perfectamente su voluntad, y les dé con abundancia la sabiduría y el sentido de las cosas espirituales. Así podrán comportarse de una manera digna del Señor, agradándolo en todo, fructificando en toda clase de obras buenas y progresando en el conocimiento de Dios.

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Magnificat

P. Con las palabras de la Virgen, confesemos nuestra humildad y sencillez ante el Señor, que nos llama a vivir en su amor, entregándonos con un corazón indiviso.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

8. Preces

P. Si hemos resucitado con Cristo, caminemos según el Espíritu, llamados a la libertad y destinados a la gloria. Acojamos la exhortación del apóstol Pablo, para que la fe obre en nosotros por medio de la caridad.

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

P. Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión.

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

P. Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

P. Sopórtense los unos a los otros, y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

P. El Señor los ha perdonado: hagan ustedes lo mismo.

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

P. Sobre todo, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección.

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

P. Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por él a Dios Padre.

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

Padre nuestro

P. Oh Dios, Tú nos has llamado a la abnegación y renuncia
para ser signos de tu amor a los hermanos
y a quienes nos has enviado a anunciar el Evangelio.
Ayúdanos a vencer todo egoísmo
para que llenos del celo pastoral
estemos siempre dispuestos a servir
con generosidad y entrega sin límites,
a ejemplo de Don Bosco, nuestro Padre.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén

9. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

INDICE

PRIMERA PARTE. NOTAS PARA LA REFLEXION	3
1. PALABRA DE DIOS	4
2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA	4
Perfectae Caritatis	4
Sacerdotalis caelibatus (Pablo VI)	5
Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal (SCEC. 1974)	6
Vita Consecrata (Juan Pablo II)	9
Redemptionis donum (Juan Pablo II)	9
La vida fraterna en comunidad	10
Caminar desde Cristo	11
Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco)	12
Encíclica Laudato Si (Francisco)	12
3. MAGISTERIO SALESIANO	15
Don Bosco.....	15
Capítulos Generales.....	17
Capítulo General 21.....	17
Capítulo General 25.....	18
Capítulo General 25.....	18
Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum	19
Rectores Mayores	21
Don Juan Vecchi.....	21
Don Pascual Chávez	34
Ángel Fernández.....	39
SEGUNDA PARTE. REVISION DE VIDA	43
1. Scrutinium personal.....	44
2. Scrutinium Comunitario	46
TERCERA PARTE. CELEBRACIONES LITURGICAS	50
1. CASTIDAD Y CARIDAD	51
2. LA CASTIDAD, FUENTE DE FECUNDIDAD APOSTOLICA	60